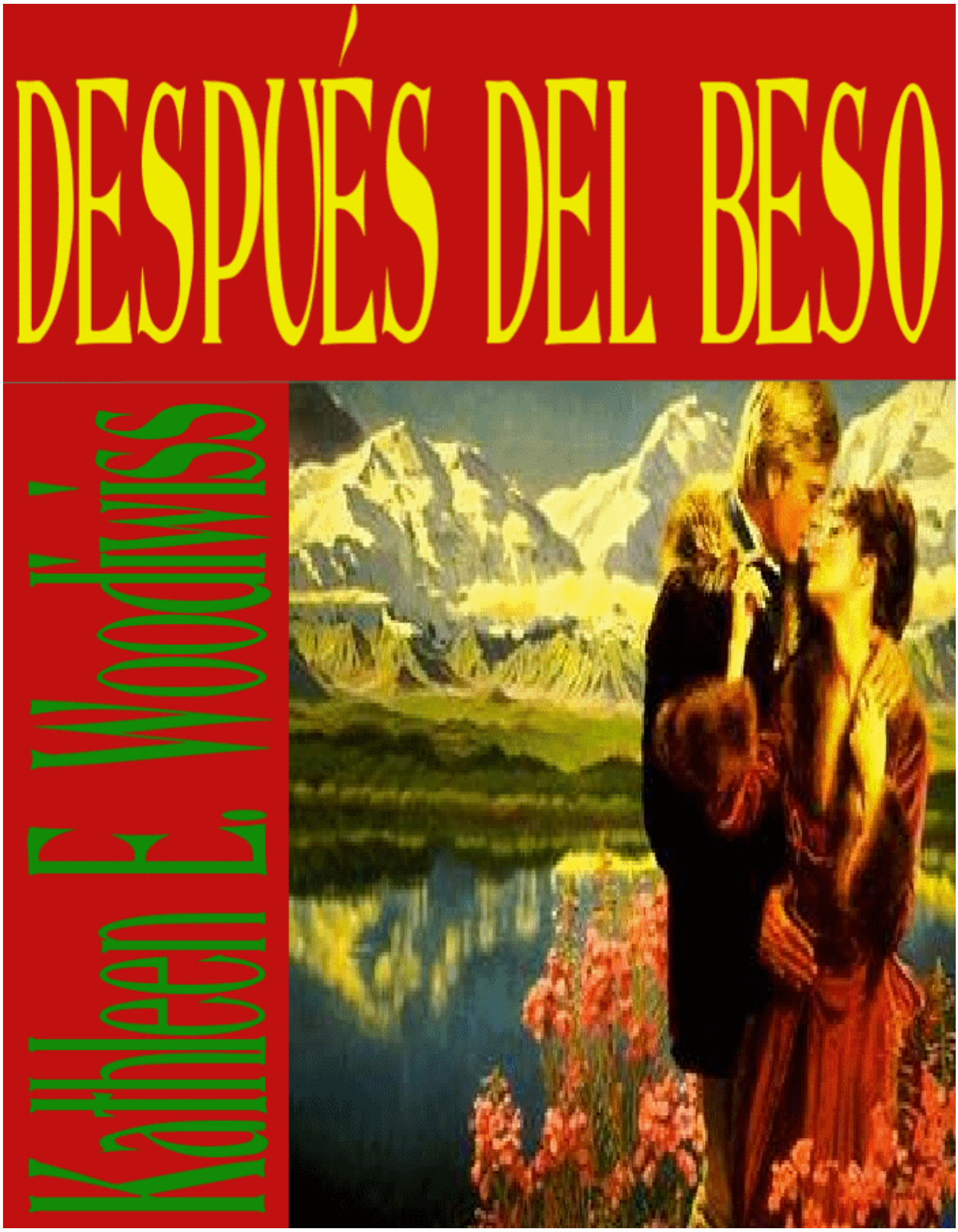
DESPUÉS DEL BESO
Kathleen E. Woodiwiss



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

Carolina del Sur 17 de julio de 1803

Cerca de Charleston una suave brisa con perfume de rosas soplaba a través de las ventanas abiertas y de las puertas acristaladas de la casa de la Plantación Oakley, llenando las espaciosas habitaciones con el aire fresco de una tarde de mediados del verano. En un dormitorio del segundo piso, el refrescante viento de poniente se deslizaba en el interior, con el sonido sibilante y sedoso de los paños de encaje hinchándose detrás de las cortinas de terciopelo elegantemente adornadas. El crujido de la ropa no era más que un murmullo en medio de la sosegada calma, tan suave como el tembloroso suspiro de la joven novia cuando su marido apartó los labios de los suyos. Bajo su cálida mirada de admiración, las oscuras pestañas de ella se alzaron y Jeff Birmingham se encontró sumergido en un radiante estanque de agua azul.

- Cuando me miras así, querida Raelynn - susurró, hipnotizado por su deslumbrante belleza -, creo que hemos estado enamorados desde el inicio de los tiempos.

La mirada de Raelynn siguió pausadamente el trayecto de uno de sus finos dedos por el rostro de la bronceada mejilla de su marido, pasó sobre una fina cicatriz en forma de medialuna junto a la boca y luego a lo largo de la vigorosa línea de la mandíbula. Era tan hermoso, que era fácil imaginar que una joven impresionable se quedara prendada de él inmediatamente. No pensaba que fuera tan susceptible. Sin embargo, en el breve transcurso de una tarde, conoció y se casó con este hombre.

Raelynn, sonriendo a los ojos verdes que centelleaban con un brillo anhelante encima de los suyos, acarició sus labios con la yema de los dedos.

- Es posible que hayamos estado enamorados toda nuestra vida, Jeff, y sólo estábamos esperando encontrarnos el uno al otro.

- Entonces soy un hombre muy afortunado - contestó con voz ronca -. Eres la visión que vislumbraba en sueños, y aunque el rostro y la forma de mi hechicera no era sino una sombra vaga en mi mente, esperaba que si buscaba lo suficiente, un día se convertiría en realidad. Cuando te vi esta tarde, fue como si hubieras salido de los sueños para entrar en mi vida. Eres la única que he deseado, el dulce néctar que he estado ansiando. De ahora en adelante estaré atado a ti para toda la eternidad.

Raelynn pasó los brazos alrededor del cuello de su marido y suspiró con expresión soñadora.

- Poco podía prever cuando me desasí del brazo de mi tío que iba a caer en brazos de mi futuro marido tan sólo a unas casas de distancia.

- Su risa argentina voló en espiral hacia arriba y se mezcló con el suave tintineo de los prismas de cristal, que la brisa agitaba en la lámpara que había encima de sus cabezas -. Y pensar que estuve a punto de partirte la coronilla frente a la tienda de sombreros de Mrs. Brewster.

Jeff rió divertido al recordar la discusión que había tenido con la sombrerera, una mujer gruesa y de mediana edad, poco antes de que se cruzara en su camino aquella atractiva belleza. Mrs. Brewster le había irritado ante la posibilidad de que encontrara una esposa que pudiera igualar la exquisita hermosura de su cuñada, y sin embargo, apenas diez minutos después descubrió que la tenía ante sus ojos.

- Tienes una forma muy especial de llamar la atención de un hombre, querida.

Raelynn se rió de la broma.

- Supongo que debería disculparme por mis prisas improcedentes, señor, pero ¿cómo podía saber que un caballero como usted iba a salir de la tiendas de sombreros de señora, justo cuando yo pasaba por delante?

- Ladeando la cabeza coquetona, lo contempló con escepticismo retozón -. No parece usted de la clase de los que llevan bonete, Mr. Birmingham. ¿O acaso fuiste a visitar a Mrs. Brewster? ¿No es un poco mayor para ti?

- Es tan mayor para mí como joven lo eres tú, querida - replicó Jeff con una risita de garganta -. Debes saber que lo que estaba haciendo en esa tienda, mi atractiva pequeña bromista, era comprarle a mi cuñada un sombrero para el día de su cumpleaños. Si hubiera previsto que la boda se iba a celebrar antes de la noche, también hubiera encontrado un sombrero a la altura de tu belleza.

Raelynn hizo un lindo puchero mientras alisaba el lazo de su corbatín.

- Te aseguro, señor, que los diez o los nueve años es para algunas la edad en que empieza la soltería. Y debes de estar de acuerdo en que yo no soy tan joven.

Jeff coreó con risas tal afirmación.

- Te acabas de casar con un hombre que ya ha cumplido los treinta y tres. Estoy seguro de que los chismosos harán especulaciones sobre en qué orfanato encontré a mi novia niña.

La joven no comprendía cómo un hombre con un aspecto tan extraordinario había logrado llegar a la madurez sin haberse casado y sin engendrar un gran número de descendencia por añadidura. Debió de llegarle una verdadera avalancha de súplicas melancólicas de las atontadas solteras de la zona. Y si él nunca había cedido a las súplicas de aquellas solteronas de ojos vacunos que anhelaban casarse con él, entonces seguramente debieron de ser una o dos amantes quienes se ocuparon de él. Quizá tenía todavía a alguna jovencita a la que visitar cuando sus caprichos masculinos se lo demandaran.

- Dime la verdad, señor - imploró con una sonrisa afectada e inquisitiva -. ¿Has tenido muchos amores en tu vida? ¿No me engañas cuando dices que soy la que has estado buscando todos estos años?

Jeff alzó ligeramente las cejas antes de responder.

- En mi larga búsqueda de la mujer de mis sueños, no puedo negar que he probado a otras, pero nunca se me ha mitigado esa desagradable sensación de que me mordían los órganos vitales. No te miento cuando te digo que de todas las mujeres que he cortejado, a ninguna de ellas le he pedido que fuera mi mujer. El aliciente que me inspiraba buscar su compañía era

efímero, tan evanescente como el rocío de la mañana. Además, cuánto más buscaba a la mujer de mis sueños, más decidido estaba a permanecer soltero hasta que la encontrara.

- Torció la boca con una sonrisa -. Nunca supuse que ella cruzaría el océano para llegar al lugar donde nos hemos encontrado.

A Raelynn le reconfortaba que el desagrado que oscureció sus pensamientos después de un viaje desastroso y de la muerte de su madre, hubiera desaparecido ante la alegría y el placer que estaba experimentando. Las expectativas de un futuro feliz le ayudaron a mitigar el trauma de perder a su madre. El año anterior, su vida se vio marcada por la tragedia con demasiada frecuencia, pero ahora se sentía completamente liberada.

Londres era un lugar lleno de crueldad, un lugar despreciable para vivir, después de las acusaciones de traición que hicieron contra su padre algunos de los pares menos notables. Quizá las ambiciones de aquellos vizcondes y barones fueron el punto crucial de los maliciosos intentos de difamar el nombre de lord Randall Barrett. Fueran cuales fueran los motivos, consiguieron su arresto, y aunque él negó con vehemencia las acusaciones, su padre murió en la cárcel sin que se le hiciera un Juicio. Después del fallecimiento, la corona le despojó de sus propiedades y dejó a Raelynn y a su madre sin otro recurso que buscar refugio en una casa destartalada a las afueras de la ciudad. Con la reducida reserva secreta que su padre tenía para un posible cambio de fortuna, al menos habían podido cubrir sus necesidades básicas, aunque llevando una existencia triste y monótona. Encontraron poca compasión tras las odiosas difamaciones que el pueblo de la zona había vertido sobre ellas.

No fue un acto de bondad lo que llevó al tío de Raelynn hasta su puerta apenas a un mes del fallecimiento de Randall Barrett. Veinte años antes, cuando Cooper Frye era un joven grumete, fue dado por perdido en el mar. Evelina, la madre de Raelynn, escuchó de boca de un extraño que había caído al mar durante una tempestad y que fue a parar a una isla donde permaneció durante muchos meses antes de ser rescatado por un buque mercante del Báltico que, tras subirlo a bordo como grumete, se dirigió a costas extranjeras. Evelina no vio nada en sus rasgos que le recordara a aquel muchacho alto y delgaducho que se había marchado a la mar con tantas esperanzas. Pero conocía lo suficiente de la familia Frye para convencerla, finalmente, de que era su hermano.

Les habló del nuevo continente y tanto la madre como la hija consideraron que las cosas podrían ser mejor para ellas al otro lado del océano. Evelina, con prudencia debido a los limitados fondos, fue con Cooper Frye a adquirir el pasaje para un barco, aunque luego fue obligada a entregarle a él el dinero para que no se lo robara alguien del pasaje. Pronto se arrepintieron de haber puesto su confianza en aquel hombre. Mientras Cooper Frye se ocupaba sólo de sus necesidades, Raelynn y su madre sufrieron diversas penurias, apenas tenían que comer, descansaban poco y no estaban solas en un agujero húmedo, sucio y atestado de gente.

Tres días después de que el barco anclara en Charleston, y dos semanas después de arrodillarse solemnemente junto al catre que primero sirvió de lecho a su madre y luego de féretro, Cooper Frye, imperturbable, dimitió del sagrado compromiso de ocuparse del bienestar de su sobrina. Le dio a Raelynn una falaz excusa que despertó sus sospechas, la llevó a visitar a Gustav Fridrich, un alemán calvo y de mirada de hielo que dominaba un sector de la ciudad y era muy conocido entre tos trabajadores camorristas de los muelles. A primera hora del día fueron testigos de la paliza que le daban los matones de Gustav a un viejo tendero porque el hombre no había podido devolver un préstamo. Sin duda esto fue el catalizador que indujo a su tío a tramar su tortuoso plan. Un hombre de pocos escrúpulos

como en apariencia era el alemán, no encontraría ningún inconveniente en que otro individuo intentara beneficiarse de la venta de un pariente. Gustav había regateado como alguien que tiene siempre en cuenta una ganga y Cooper Frye le dio unas horas para pensar su propuesta. Si la quería, le había dicho su tío a aquel hombre, tenía que entregarle doscientos cincuenta dólares en moneda fuerte yankee antes de consolidar el asunto.

Raelynn recordó lo atrapada que se sintió después de salir del almacén del alemán. Decepcionada e indignada con su tío, se soltó, escapó de la sujeción de su brazo y echó a correr sin saber a dónde se dirigía, aunque estaba resuelta a poner la mayor distancia que le permitieran sus fuerzas entre ella y Cooper Frye. Deseó con tanto ímpetu contrariar los planes de su tío que no pensó en los peligros de correr precipitadamente por las calles de Charleston. Giró una esquina y a punto estuvo de chocar con el hombre más guapo que nunca había visto. Fue en ese momento cuando Jeffrey Birmingham entró en su vida.

No hubo tiempo para disculpas. Espoleada por un grito de su tío, salió disparada por una calle transitada llena de tiendas sin darse cuenta de que se aproximaba un carruaje tirado por cuatro caballos. Jeff, que había salido corriendo tras ella, la levantó rápidamente entre sus brazos, la llevó al otro lado de la calle y la puso fuera de peligro antes de que fuera consciente de que había estado a punto de morir. No podía saber, claro está, que tras convertirse en su campeón, ella le aceptaría de buena gana como desposado... y, muy pronto, como amante.

Considerando la rapidez con la que se sintió atraída hacia él, Raelynn no se sorprendió de que no le pidiera un tiempo para conocerlo mejor antes de la boda. A pesar de los vertiginosos acontecimientos del día, estaba convencida de que obtenía un marido que la mayoría de sus congéneres se habrían pasado la vida buscando.

Cualquier mujer se habría sentido cautivada por aquellos hermosos rasgos, por ese ingenio encantador, pero había habido algo más entre ellos, un extraño magnetismo que los había empujado el uno al otro en el breve espacio de unas horas. Después de un cortejo tan rápido, sólo podía preguntarse qué les depararía el futuro. ¿Se arrepentiría de la apresurada unión? ¿Sería feliz durante toda su vida?

- Aquí estamos, Jeff, recién casados, dispuestos a compartir la cama y sin embargo, somos poco menos que unos extraños –reflexionó Raelynn en voz alta -. ¿De verdad eres tan maravilloso como pareces? ¿O me has hechizado con una poción mágica?

- Los dos habremos bebido el mismo brebaje embriagador, porque yo también estoy extasiado - declaró Jeff con voz ronca.

Apretó el brazo contra él, Jeff le dirigió una sonrisa, la acompañó a través de las puertas acristaladas y salieron a la terraza donde pasearon cogidos del brazo, admirando la belleza de un cielo de terciopelo negro adornado con una miríada de centelleantes estrellas y una luna de plata reclinada con indolencia encima de la copa de los árboles. Más allá de los campos bien cuidados que se extendían detrás de la casa principal, una hilera de majestuosos robles formaba una barrera ante las barracas de los sirvientes. Las ventanas iluminadas con faroles señalaban algunas chozas a través de las ramas inclinadas y desde una de ellas se escuchaba una suave y persistente tonada de una siringa. Aquellos sonidos, la vista que los rodeaba y la fragancia de las flores que embriagaba el aire estimuló sus sentidos. Hacía una noche para amantes.

Jeff deslizó los brazos alrededor de la cintura de su mujer y apoyó las caderas contra la balaustrada del porche mientras la acercaba y la ponía entre sus piernas. Volvió la cabeza y miró hacia los campos bien cuidados que se extendían hacia el este.

Parte de la tierra que ves aquí se la dieron a mi padre en propiedad los ingleses, así como varios miles de acres que forman la plantación de la familia en Harthaven. Cuando mis padres fallecieron, mi hermano Brandon, el mayor, se quedó con Harthaven y el almacén y otras propiedades de igual valor, fueron para mí. Hasta hace unos años, vivía con mi hermano y dirigía las propiedades mientras él navegaba por el extranjero. Conoció a Heather en Inglaterra, se casaron y la trajo a Harthaven. Los chismosos se divirtieron mucho porque Brandon se había casado con Heather cuando todavía estaba comprometido con Louisa Wells, la mujer que era propietaria de este lugar. Supongo que en cierto modo también atraje las murmuraciones porque yo idolatraba a Heather. Entonces estaba esperando un hijo, como ahora, y me resultó muy duro imaginar que confundieran mis cuidados fraternales con una pasión oculta. Después, cuando Louisa fue encontrada muerta en esta casa, algunos chismosos dijeron que Brandon la había asesinado en un ataque de rabia, pero por supuesto, eso no era cierto. Se dedicaba por completo a Heather.

- ¿Quieres decir que Louisa fue asesinada aquí, en esta casa? - preguntó Raelynn, sorprendida. Jeff alzó las cejas y sonrió con curiosidad.

- No tendrás miedo de los fantasmas, ¿verdad?

- No, claro que no - se apresuró a asegurarle su joven esposa, pero el rubor le cubrió las mejillas cuando se dio cuenta hasta qué punto le había sorprendido aquella revelación -. Este lugar es tan hermoso, que es difícil imaginar que hayan matado a alguien aquí. ¿Cogieron al responsable?

- Fue un hombrecillo repugnante que admiraba a las mujeres hermosas. Quiso propasarse con Heather también.

- ¿Quieres decir... en esta casa?

Los ojos verdes de Jeff centelleaban cuando miró a su mujer. Parecía tan crédula que no era difícil saber lo que estaba pensando. Preveía una noche deliciosa asegurándole que tanto si la casa estaba maldita como si no lo estaba, siempre estaría a salvo en sus brazos.

- Lo intentó, mi amor, pero Brandon llegó y la salvó. Luego estalló una tormenta y a aquel hombre le cayó encima un rayo y lo mató.

Los hombros de Raelynn se estremecieron con un temblor muy expresivo.

- Creo que intentas asustarme, Jeffrey Birmingham.

- ¿Y por qué querría hacerlo, señora? - preguntó riendo su marido.

- No lo sé, pero si te gustan los cuentos groseros y deseas contármelos - le dijo, y lo miró con un destello de desafío en los ojos -, creo que después de todo habría estado mejor con Gustav Fridrich.

- Ese nunca te apreciaría tanto como yo - murmuró Jeff acercando su boca a la de ella -. Siempre serás mi querida esposa, el amor más dulce de mi vida.

La besó despacio y el pulso de Raelynn palpitó con un ritmo nuevo, caótico- Se abrazó a él, con el deseo de no apartarse nunca y cuando finalmente Jeff levantó la cabeza, ella se apretó aún más contra él.

- Me has hecho olvidar de lo que estábamos hablando –murmuró Raelynn sin aliento.

- De mi familia - le recordó él con una risita.

- Cuéntame más - le urgió ella.

- Pensaba que ya no querías escuchar más historias - bromeó él.

- No quiero si son horripilantes.

- Entonces te hará feliz saber que ya no hay más historias de asesinatos e intrigas en mi familia. Al menos, que yo sepa.

- Me alegra oírlo - contestó ella con una sonrisa -. Y ahora cuéntame cómo viniste a Oakley.

- Después del asesinato de Louisa, pagué las deudas de la propiedad y añadí algunos miles de acres de tierra. Hubo que invertir mucho capital y trabajo para convertir Oakley en lo que es ahora, pero me gusta. Aquí es donde me gustaría que nacieran y crecieran nuestros hijos. Una o dos docenas serían suficientes.

Raelynn se echó hacia atrás en sus brazos y rompió a reír.

- Apuesto a que quieres que estemos ocupados durante los próximos años.

- He esperado mucho tiempo hasta que te he encontrado, querida, y vamos a disfrutar la vida todo lo posible. Me gustaría tener doce hijas que fueran exactamente como tú.

- Y yo me emocionaría con doce hijos que fueran tan guapos como su padre - replicó alegremente.

- Tendremos que añadir algunos dormitorios para acomodarlos a todos - dijo él sonriendo abiertamente.

- Como esta casa albergó la tragedia en el pasado, es lógico que en el futuro se llene de alegría y de risas- Será un lugar perfecto para criar y ver crecer a nuestros hijos. - Raelynn alzó los hombros con un gesto gracioso cuando escuchó estas palabras.

- Estoy impaciente por empezar.

Apartó la mirada de su hermoso rostro y contempló los campos que se dilataban hacia el este.

- ¿Qué cosecháis en la plantación?

Siguiendo su mirada, Jeff habló con un tono de orgullo en la voz:

- Aquí crece el algodón y donde acaban los campos de algodón, en las tierras bajas, tenemos arroz. Hay un buen mercado para ambos productos al otro lado del Atlántico, así como en

algunos puertos del Caribe. Brandon y yo compartimos a partes iguales el aserradero y la madera que no vendemos aquí, la embarcamos, aunque no lo hacemos muy a menudo. Esta zona está creciendo lo bastante rápidamente para que nuestros hombres puedan cortar troncos durante otros diez años, por lo menos.

- Si tienes un almacén, entonces seguramente deberás tener contacto con Gustav Fridrich, o al menos conocerlo. La respuesta de Jeff estuvo llena de desdén.

- He oído hablar bastante de ese villano para tomar la precaución de no mezclarme con él. Se que ha contratado a un montón de rufianes que lo ayudan en sus prósperas inversiones, por la fuerza si es necesario. He adquirido la costumbre de mantenerme a distancia. Por decirlo suavemente, señora, yo soy más lince que Gustav Fridrich.

- Estoy contenta de que me llevaras contigo Jeff, pero era reacia a contarte algo acerca del acuerdo con mi tío. - Sus ojos brillaron a la luz de la luna cuando buscó el rostro de él -. Cuando Cooper Frye quiso venderme a Fridrich, sólo le pidió por mi doscientos cincuenta dólares yankees. Podrías haberme comprado por mucho menos de los setecientos dólares que pagaste.

Jeff rió impávido.

- Lo que Cooper Frye no sabe, querida mía, es que habría pagado con gusto cien veces más que eso. Y habría considerado que toda esta felicidad no valía nada si no la compartía contigo. Eres la mujer que he estado buscando toda la vida. ¿Cómo podía regatear el precio, fuera cual fuese la cantidad?

Raelynn suspiró.

- En el poco tiempo que hace que conozco a Cooper Frye, he comprobado que no se puede confiar en él. Es un ladrón, simple y llanamente. En cuanto sepa que tienes dinero, estoy segura que intentará sacarte lo que pueda.

- Será mejor que tu tío se mantenga a distancia o haré que desee haberlo hecho - replicó Jeff -. Accedió a dejarnos en paz. Si no es así, tendrá que devolver el dinero que le entregué. No me considerará un amable capataz si ha de trabajar para devolver la deuda.

- Desde que vino a vernos a Inglaterra poco después de la muerte de mi padre en la cárcel, me he preguntado a menudo si en realidad es mi tío o alguien que conoció al grumete Cooper Frye antes de perecer en el mar. Me siento incómoda cuando pienso en cómo se presentó de repente, sin haber enviado antes ni una carta a los únicos familiares que dijo que tenía. Si no es quien dice ser, no va a sacar mucho de su relación con nosotros, nada que tenga un valor monetario, así que dudo que nos busque por otra razón. Todo lo que teníamos fue lo que mi padre consiguió ocultar antes de que lo arrestaran, y era una suma demasiado menguada para interesar a un ambicioso ladrón. Además, Cooper Frye cogió todo lo que nos quedaba y lo gastó en él durante el viaje por el océano. Cuando llegamos, ya no había nada. Venderme a Gustav Fridrich era el modo más fácil de obtener más.

Jeff le dio un suave beso en la frente para que desapareciera el ceño que, brevemente, estropeó su perfección.

- No te preocupes más por ese canalla, amor mío - la persuadió -. Es muy improbable que vuelvas a verlo otra vez.

- Espero que tengas razón, Jeff - respondió Raelynn en voz baja -, pero temo que no será así. Si conozco a Cooper Frye se que no nos dejará en paz.

Jeff la rodeó con sus brazos y la acercó a él.

- No temas lo que el futuro nos depara, mi amor. Esta noche es sólo nuestra, el inicio de nuestro matrimonio. Disfrutemos de todos los placeres íntimos que comparten el marido y su esposa sin entretenernos más en ese villano.

Raelynn sintió el cuerpo alargado y musculoso a través de la fina seda de su vestido y su sangre se agitó con deseo cuando los labios abiertos de Jeff jugaron provocativamente sobre los suyos. Al principio el beso fue suave, pero pronto se transformó en un ardiente tizón que produjo un fuego creciente en su interior y que inflamó sus sentidos con una pasión que la calentó tanto como una bullente caldera. Ya no era Raelynn Barrett, una joven orgullosa y reservada, sino una novia excitada y anhelante.

Jeff apartó lentamente el rostro y dejó a Raelynn abandonada en un delicioso y vertiginoso trance.

- Te aseguro, señor - suspiró con un ligero temblor en la voz, algo más que encandilada por el efecto que había provocado en ella -, que otro beso así y me verás tan confundida que me tendrás que apremiar para que me vista para ir a la cama.

El rayo de luz que brotaba del dormitorio iluminó su rostro y ella observó el brillo de los ojos color esmeralda sobre una hipnótica y blanca sonrisa.

- La palabra es desnudarse, señora, y no tienes por qué inquietarte por tal inconveniente. No cuando yo anhelo servirte.

Raelynn levantó una mano y jugueteó con un díscolo rizo negro que le caía sobre la frente.

- Me dijeron que las novias debían de tener unos momentos para ellas solas, para arreglarse para su novio en su noche de bodas. ¿Me compraste un vestido para la ocasión, recuerdas ?

Jeff sonrió a aquellos ojos que brillaban con la luz de la luna.

- Deja el vestido para dentro de una hora si lo deseas, señora, por ahora no vas a necesitarlo.

Raelynn recordó a su madre diciéndole lo que tenía que esperar en su noche de bodas y animándola a que se ofreciera a su novio como un raro y preciado regalo, porque aunque fuera virgen, sabía muy bien el poder que poseía para hacer que ella y su novio recordaran siempre aquella noche. Tan sabia advertencia, no podía ser ignorada.

- sueños y si no me alimentas pronto con tus maravillosas delicias, moriré de hambre.

Raelynn temblaba en sus brazos y, ante la urgencia de aquellas manos, se volvió hacia él. Durante unos instantes sus bocas juguetearon con dulzura y luego Jeff se apartó. Aquellos ardientes ojos eran como si una cálida lengua se deslizara pausadamente por su carne, consumiéndola con su intensidad mientras se quitaba la levita de seda negra y la lanzaba sobre el respaldo de una silla cercana. Simulando una actitud cortesana, alargó un brazo, adelantó una pierna e hizo una reverencia.

- Señora, tienes ante ti al más ardiente y obediente de los servidores. Tus deseos son órdenes para mí.

Una risa melódica respondió a la galantería. Raelynn desplegó la falda de seda azul plata y le hizo a su vez una profunda reverencia, inconsciente de que lo regalaba con una visión tentadora de los pechos.

- La verdad, señor, nunca he conocido caballero más impaciente. ¿Puedo atribuir este afán a la exuberancia de tu pasión?

- Desde luego que puedes, mi amor. - En sus ojos se encendió una llama de fuego verde mientras recorría las curvas llenas y carnosas de su pecho. Cuando Raelynn se enderezó, su mirada se quedó prendida en la suya mientras con sus finos dedos desataba y desabrochaba el chaleco con expresión intencionada -. Soy un hombre de riesgo, señora, extremadamente tentado por tu belleza.

Raelynn, fascinada por su mirada hipnótica, levantó los brazos y empezó a desenrollarse la sarta de perlas que llevaba entrelazada en los cabellos. Las trenzas castaño rojizo cayeron en libre abandono alrededor de los pálidos hombros y en la espalda. Apartó la sarta de perlas del rostro, como si fueran un velo de seda, Raelynn se acercó a él con una danza cimbreante mientras lo envolvía con una mirada seductora. La suave risa de la joven le pareció el canto de una sirena y ya no pudo resistirse más. Las perlas cayeron al suelo mientras sus dedos largos y finos rodeaban sus muñecas y se las pasaba alrededor del cuello. Deslizó los brazos alrededor de la cintura y se fue acercando con ella, dando vueltas con los pasos de un vals, hacia el lecho alto y con dosel donde una docena de velas ardían encima en los adornados brazos de un par de candelabros de plata en unas mesillas a ambos lados de la cama. Al suave brillo de la luz de las velas, el rostro recortado de Jeff parecía bañado con un brillo de bronce y en ese momento Raelynn se dio cuenta de que su marido era tan espléndido como un dios mítico.

La respiración de la joven se hizo más rápida, parecía que su marido tensaba todas las fibras de su ser, despertándola al placer de los sentidos con sus caricias mientras movía las manos por sus caderas, por sus nalgas y la apretaba contra su calor viril, encendiendo su imaginación. Para ella, que la cortejaran de una manera tan provocativa era una experiencia nueva y excitante y, de pronto, se sintió arrebatada por un remolino de excitación.

Mientras las manos de Jeff la recorrían con creciente audacia, Raelynn temblaba con ansia al desabrochar los pequeños botones de la camisa de Jeff, hasta la banda en la cintura de los ajustados pantalones. Se detuvo indecisa, preguntándose si él pensaría que era una descarada si seguía.

Saboreando la fragancia de sus cabellos, Jeff apretó los labios contra los sedosos mechones mientras murmuraba animándola:

- Amor mío, haz, conmigo lo que quieras. Yo soy tuyo y tú eres mía. - Se abrió de un tirón la parte superior de los pantalones para que desaparecieran sus dudas -. Para mí sería un placer que me desnudara mi mujer.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja provocando que la inundara una oleada de calor. Excitada por las extrañas sensaciones que él despertaba en ella, apenas se dio cuenta de que su mano acariciaba el musculoso abdomen y se adentraba en los pantalones para quitarle la camisa.

El inesperado contacto le cortó la respiración a Jeff y durante un instante se quedó rígido, la cabeza erguida, los ojos entrecerrados mientras el deseo latía como lava fundida a través de su cuerpo. Estimulado por un hambre incontenible, consideró la locura de levantarla de golpe y hacerla suya sin más dilación. Luego volvió la razón y dejando ir la respiración que tenía contenida, consiguió dominar sus pasiones. Casi con calma se quitó la camisa y la dejó a un lado.

Inconsciente de la deliciosa tortura que su roce provocaba en su marido, Raelynn suspiró con admiración mientras pasaba las manos por su pecho. El ligerísimo roce de la yema de los dedos animó el fuego del deseo y Jeff sintió cómo volvía lentamente el intenso placer y lo conducía hasta el límite del control.

A Raelynn le impresionó la dureza de acero de aquellos músculos y la anchura de las espaldas. Con el traje elegante y bien cortado parecía más esbelto que atlético y la joven pensó que sería muy delgado bajo el suave relleno de la ropa, pero como ahora podía comprobar, ese no era el caso. Jeff Birmingham, hermoso, refinado y bien vestido, poseía un físico que rivalizaba con Adonis.

- Eres hermoso - murmuró admirada, enredando los dedos en el oscuro vello crespo que le cubría el pecho -. Más hermoso de lo que podía haber imaginado.

A Jeff le divirtió escuchar aquellas palabras, levantó con expresión escéptica una ceja y le dirigió una sonrisa sesgada, la mejor que consiguió, dada su exacerbada represión.

- ¿Hermoso? Ah, señora, me temo que ocultas la verdad con una extravagancia. Hermosura es la palabra que yo utilizaría para intentar describirte.

Raelynn apretó los dedos sobre los labios de él y lo hizo callar con un movimiento negativo de la cabeza.

- Para mí eres hermoso, Jeffrey. Rodeando el cuello de su marido con los brazos, la joven se puso de puntillas y demostró su rápido aprendizaje dándole un beso lleno de seducción. Jeff hizo grandes esfuerzos para convencerse de que poseía la disciplina de un santo. Si no hubiera sido por las oleadas tumultuosas que le recorrían las venas y estallaban en fortísimas expansiones de excitación contra el muro resquebrajado de su represión, hubiera tenido éxito. Pero no era más que un hombre y además, recién casado.

Sus dedos juguetearon con la espalda del vestido mientras su boca gozaba de la dulzura de su respuesta. Buscando, devorando, despertando unos placeres de los sentidos que ella no conocía hasta ese momento. Raelynn se sintió cálida y dócil con el vino del deseo. Sólo se dio cuenta que el vestido se había deslizado de sus pechos cuando él apartó la boca de la suya. Parpadeó temblorosa cuando su boca recorrió lentamente el pálido cuello, luego la oscura cabeza descendió aún más, hasta la plenitud de su pecho y Raelynn contuvo el aliento ante el éxtasis que le producía. Las llamas de la pasión se elevaron y bañaron su cuerpo de mujer con un fogoso ardor hasta que se abandonó al ardiente deseo de hacerse
una con aquel hombre.

El vestido se deslizó hasta el suelo con apenas un murmullo de derrota y durante un rato Jeff bebió hasta el borde del cáliz de su belleza. Vestida solamente con una estrecha camisa de seda y encaje, su novia era la visión de la perfección, una tentación con cremosos pechos rosados que la rápida respiración hacía ascender y descender.

También la respiración de Jeff se hizo más rápida cuando luchó por dominar la creciente demanda de su cuerpo. Su joven esposa llenaba todas y cada una de las facetas de sus deseos y se veía obligado a mantener un paciente y cortés espera para no sorprenderla con la fiereza de su ardor.

Bajo la suave urgencia de sus manos, los tirantes de seda se deslizaron de sus hombros y el fino corpiño se abrió lánguidamente sobre los túrgidos pechos. Iba a mostrarlos ya del todo y fue como si quisieran retrasar deliberadamente. Raelynn lo miró conteniendo el aliento, anhelando su roce, impaciente por sentir el momento en que se uniera a él. Se estremeció y se inclinó hacia delante invitándolo, dejando caer la camisa al suelo con un gesto de los hombros. Luego se le aceleró el corazón bajo la lenta y provocadora caricia de sus manos. Echó la cabeza hacia atrás complacida en el excitante placer que le producían sus caricias y el ardiente calor de aquella boca en sus pechos.

Las inhibiciones desaparecieron con mayor rapidez que las ropas y como si estuvieran en una nube, se acercaron al lecho nupcial de sábanas blanquísimas. Con un ritual de amantes seductor e hipnótico, con la emoción de la búsqueda y el descubrimiento, un dulce e íntimo preludio de las delicias que estaban por llegar. El anhelo de besos voraces, de pasiones desatadas, de sedosos miembros alrededor de un cuerpo musculoso y de la carne dura uniéndose con el suave...

Eran dos seres enlazados en un abrazo sensual tan antiguo como el tiempo, dedicados el uno al otro y a al éxtasis recién hallado, suspendidos en el borde de la máxima posesión. Pasó un rato antes de que oyeran un rumor lejano en el silencio de la noche. Jeff frunció el ceño cuando comprendió que el sonido no procedía del viento que soplaba entre los árboles. En esos momentos, cualquiera habría deseado ignorar la intrusión pero no pudo disipar el ruido hasta el más remoto lugar del universo. El ruido se fue aproximando hasta que se convirtió en un traqueteo de muchos cascos batiendo el sendero ante la puerta principal de la casa.

Como no consiguió apartar aquel clamor a alguna región remota, Jeff se incorporó apoyándose en un codo y miró hacia la puerta de la habitación a través de la cual llegaba el ofensivo estruendo, completamente indignado de que alguien entre sus conocidos pudiera haber elegido ese preciso momento para hacerle una visita.

- ¡Los mataré! - gruñó en voz baja -. ¡Si se trata de alguna jugarreta que mis amigos han tramado, mataré a esos malditos!

Raelynn, indignada, temblaba debajo de él. Todavía sentía el fuego ardiendo en el cuerpo de él mientras que el suyo todavía exaltado, anhelaba ser saciado.

- ¿Quien vendrá de visita a estas horas?

Jeff lanzó un suspiro de frustración.

- Me temo, amor mío, que estamos a punto de saberlo.

Un instante después, la puerta principal de la casa se abrió de golpe, reverberando por toda la casa y un grito con un acento acusado llenó el vestíbulo.

- ¿Dónde está el dueño de la casa? ¿Dónde está la rata que me ha robado la mujer?

Raelynn sufrió un sobresalto. Recordó su rabia y repulsión cuando su tío había intentado venderla al alemán.

- ¡Esa voz! ¡Oh, Jeff! ¡La reconocería en cualquier parte. Ella agarró el brazo de su marido angustiada -. ¡Es Gustav Fridrich!

Jeff murmuró una maldición mientras se apartaba de ella y se podía de pie. Buscó su camisa y se la dio a Raelynn.

- ¡Rápido, mi amor! ¡Vístete!

Mientras buscaba los pantalones y se los ponía, su mujer se puso de pie y corrió a ponerse sus prendas interiores.

- ¿ Qué vamos a hacer, Jeff?

Gustav puede reinar como un bárbaro despiadado sobre los débiles ancianos, pero aquí en Oakley, pronto aprenderá que se enfrenta a otra clase de adversario - contestó -. Ningún hombre fuerza de esta manera la puerta de mi casa y entra sin antes pedir permiso.

El tono grave de aquellas palabras hicieron que su joven esposa se estremeciera.

- Es una locura pensar que puedes enfrentarte solo a ese hombre, Jeff. Te hará daño. Sal corriendo y ponte a salvo antes de que sea demasiado tarde!

- Por Dios, señora. ¿Qué clase de hombre crees que soy? - Jeff la contempló atónito -. No puedo salir corriendo y ponerme a salvo y dejar a los míos a merced de ese bruto. Sería un cobarde ante mis propios ojos así como ante los tuyos.

Ya antes de hacer su ruego, Raelynn sabía que iba a negarse, pero sintió un impulso tan poderoso que se lo pidió. Su réplica no fue distinta a la de su padre cuando Evelina le pidió que se apresurara a salir corriendo a coger un barco que lo llevara lejos de Inglaterra. Como tenía a la verdad de su lado, lord Barret repuso que saldría victorioso sobre sus enemigos, pero luego no fue así. La intuición le dijo a Raelynn que Jeff era un hombre que se tomaba en serio el honor y la responsabilidad, aún a expensas de su propia vida, aunque unos orgullosos principios ofrecían poco consuelo a una viuda desolada.

- Gustav no ha tardado mucho en enterarse de nuestra boda –dijo Raelynn, que sabía muy bien de donde procedía la información.

- Me equivoqué al pensar que Cooper Frye nos dejaría en paz - contestó Jeff -. Seguro que él ha metido baza en ese asunto y ha enviado deliberadamente al alemán a pelear conmigo.

- ¡Ten cuidado, Jeff! - suplicó Raelynn consternada -. Nadie puede predecir lo que hará Gustav si se cruza contigo. Hasta podría matarte si le das la oportunidad.

- No es mi intención dársela, señora - replicó Jeff dirigiéndole una sonrisa mientras se dirigía al otro lado de la habitación -. Ahora que te he encontrado, tengo mucho interés en mantenerme vivo.

Jeff abrió las puertas de un gran armario, cogió una caja de madera que había en medio de un estante y sacó un par de trabucos. Tras comprobar si estaban cargados, se deslizó uno de ellos

en la cintura del pantalón y el otro lo sujetó con firmeza con la mano mientras se dirigía a la puerta de la habitación. Con la mano apoyada en el pomo de la puerta, se volvió hacia su mujer.

- Cierra la puerta cuando yo haya salido - la urgió -. Y no dejes entrar a nadie porque algún bribón podría llegar hasta aquí y llevarte hasta la guarida de Gustav.

La puerta se cerró de golpe y Raelynn se la quedó mirando con expresión de desmayo. Esperó escuchar un ligero sonido cuando Jeff se dirigía hacia el vestíbulo, pero sólo escuchó la conmoción que provocaba la invasión de aquellos bribones. El ruido ensordecedor de su entrada desvaneció cualquier esperanza de que Jeff pudiera mantenerlos a raya. Si Kingston tampoco estaba en la casa, su marido estaría completamente solo cuando se enfrentara al cruel bellaco y a su banda de hombres sin ley.

Recuperó la consciencia. Todo aquello era culpa suya. Gustav Fridrich nunca habría entrado en Oakley si ella, al escapar corriendo, no hubiera desafiado a su tío. Oprimida por un temor cada vez más acusado de que podía sucederle algún terrible desastre a su marido, Raelynn se encogió sin darse cuenta mientras un profundo desaliento tendió su sombrío velo en su espíritu y empezó a cercarla y la calmó.

Capítulo 2

Las indignadas protestas de Kingston se elevaron ensordecedoras mientras se enfrentaba a los bribones -. ¿Qué significa entrar aquí sin ni siquiera pedir permiso? Si todos actuaran así, este lugar tendría que estar completamente cerrado. Todo el mundo sabe que el amo Jeffrey antes moriría que vender Oakley a una basura blanca. Sería mejor que os marcharais antes de que oiga este alboroto y baje a ver lo que está pasando. Porque sí lo hace, desearéis no haber puesto nunca los ojos en este lugar.

Gustav echó hacia atrás su calva cabeza y lanzó una risotada al techo, provocando un tintineo en la lámpara de cristal con su regocijo. - Sí, y a ti quizá te cortarán la cabeza, negro.

Jeff avanzó en silencio, los pies desnudos pisaron el rellano en la parte superior de las escaleras y bajó furtivamente hasta poder ver todo lo que estaba sucediendo en la entrada. Medio apoyado y medio sentado en la balaustrada, mientras comprobaba que se trataba de un grupo de individuos zarrapastrosos y armados, que en lugar de buscar al otro lado de las puertas y en el piso superior a los posibles ocupantes de la casa que pudieran aparecer para ver lo que estaba sucediendo, parecían mucho más intrigados por las antigüedades que tenían al alcance de la mano.

Dirigiendo el cañón del trabuco hacia aquel alemán enorme y calvo, Jeff preguntó con calma:

- ¿Me buscaba a mí, Herr Fridrich?

La lustrosa coronilla se alzó sorprendida, y durante un instante Gustav se quedó mirando con expresión de alarma en los ojos el arma amenazadora que le estaba apuntando. Luego pareció refrenar el miedo. Sus ojos azules, claros como el hielo, se estrecharon con expresión burlona mientras levantaba una mano con un gesto de desafío.

- ¿Eres lo bastante valiente para matar a Gustav cuando en este vestíbulo hay unos cuantos de mis hombres que me vengarán? Jeff alzó los hombros con gesto indolente.

- Estoy seguro que tus hombres perderán iniciativa cuando vean que no tienen a nadie que los proteja. En cualquier caso, morirás Gustav, y luego ya me las arreglaré con tus hombres. Por lo que se ve, son como un cuerpo sin cabeza, unos estúpidos.

- ¡Me has robado a mi mujer! - gritó Gustav, agitando un puño como un martillo hacia Jeff - ¡Pagué por ella doscientos cincuenta dólares yankees a Cooper Frye, y tú me la has robado!

Jeff contempló pensativamente su antebrazo mientras frotaba en él el cañón del trabuco.

- Entonces el viejo Cooper Frye ha cobrado dos veces por su sobrina - dijo en voz alta y cuando alzó los ojos, el frío acero de su mirada era tan amenazador como la pistola -. Tendrás que pedirle que te devuelva el dinero o considerarlo una pérdida. Mira, yo le di bastante más de lo que le has pagado tú, setecientos cincuenta dólares yankees para ser exactos, y como ya me he casado con Raelynn Barret, te sugiero a ti y a tus hombres que abandonéis mi casa antes de que muera alguien, porque yo no comparto a mi mujer contigo ni con ningún otro hombre. - Como si quisiera subrayar sus palabras, Jeff tiró del percusor del trabuco -. Y te prometo, Herr Fridrich, que si persistes en esta locura, serás el primero en morir.

- No deberías...

El estruendo de un disparo sorprendió al alemán y le hizo dar un salto para cubrirse. Su tamaño hacía que sus movimientos fueran más lentos y cuando una segunda pistola respondió a la primera, fue catapultado hacia atrás por el impacto de una bala que le entró en el hombro. De su garganta salió un rugido mientras se ponía una mano en la herida y se retorcía en agonía en el suelo, pero le costaba mucho moverse porque el brazo le colgaba fláccido, destrozado. El dolor le hacía rechinar los dientes, pero él hizo un esfuerzo, se puso de rodillas y lanzó un gruñido de rabia contra el hombre que hacía un instante le había desafiado. Su furia se transformó en una expresión atónita e incrédula porque el dueño de la casa se había caído hacia delante y estaba tendido boca abajo en las escaleras. Un hilillo de humo se elevaba del cañón de su pistola, que todavía sujetaba con la mano, y de la enmarañada cabeza que colgaba en el borde de un escalón, brotaba la sangre que se iba extendiendo sobre la pulida superficie del siguiente, formando rápidamente un charco rojo brillante.

Un grito de rabia rompió el repentino silencio que hizo volverse a Gustav sorprendido.

- Has disparado al amo. - aulló Kingston con un sollozo mientras corría hacia las escaleras.

Gustav sacó la pistola de la funda y dio media vuelta apuntando con ella al criado- Recordó haber visto otro trabuco en el cinturón del pantalón de Jeff e imaginó lo que podría suceder si el mayordomo lo cogía. Con los dientes apretados dio el alto al negro.

- ¡Quieto o te mato ahora mismo!

- ¡El amo! - sollozó Kingston -. ¡Está herido! ¡O quizá muerto!

- ¡Para él ya es demasiado tarde! - rugió Gustav -. Si todavía vive, no seguirá así por mucho tiempo, no con esa herida en la cabeza. ¡Quédate donde estás!

Kingston lanzó una mirada de desconfianza cuando oyó el áspero sonido de las pistolas a sus espaldas. Varios rufianes se habían adelantado con las armas en la mano y le estaban apuntando desde muy cerca. El criado se quedó inmóvil y levantó las manos con un gesto de sumisión.

Gustav apartó su atención de él y dirigió una ceñuda mirada a sus hombres.

- ¿Quién de vosotros le ha disparado a Herr Birmingham?

Un joven de cabello rizado llamado Olney Hyde se adelantó con una sonrisa petulante y examinó al dueño de la casa mientras se guardaba la pistola humeante en la funda

- No podíamos permitir que este te matara, Gustav, no después de habernos prometido una recompensa por ayudarte, así es que le apunté en la cabeza y disparé -. No se dio cuenta de que Gustav se aproximaba rápidamente y chasqueó los dedos, ufano -. ¡El tipo ha caído como un ladrillo! No pensé que le iba a acertar.

- Dummkopfl ¡Has estado a punto de matarme! - bramó Gustav, y con el brazo sano le dio un puñetazo en la cara al rufián.

El golpe envió a Olney al suelo y fue a parar junto al pie de la escalera donde se quedó un instante aturdido. Sacudió la cabeza para aclarar su confusión, se levantó y se quedó mirando al alemán con ojos turbios.

- Cuando disparaste a Herr Birmingham - explicó Gustav a todo pulmón -, levantó la pistola y me disparó a mí. ¡Mira lo que has hecho! - Torció los labios con expresión burlona mientras señalaba el brazo que le colgaba, luego levantó un puño amenazador contra el joven y lanzó contra él todos los insultos que se le ocurrieron. Finalmente calló, no sin antes lanzar una amenaza.

- Si pierdo el brazo, Olney Hyde, ¡te juro que te haré picadillo! El grito llegó a todos los rincones de la casa, pero Raelynn ya había salido de la habitación cuando oyó los disparos. Poco después de que Jeff la dejara, se recogió los largos cabellos en un moño y se puso el vestido y los zapatos que llevaba cuando se habían conocido. Aunque estaban muy ajados, estaba encantadora. Su presencia atrajo todas las miradas y aquellos bribones que la contemplaban sorprendidos comprendieron por qué Gustav se negaba a entregar a aquella joven a otro y por qué quería pagar una fortuna para llevársela.

Cuando llegó al rellano a Raelynn se le heló la sangre. Durante un instante su mirada se fijó en los bribones y luego se posó en la forma que yacía inmóvil en las escaleras. Un grito de desespero escapó de su boca mientras descendía los escalones a trompicones. Un riachuelo de sangre descendía por la escalera desde la cabeza de Jeff, pero no se dio cuenta de que se empapaba el vestido cuando puso la cabeza de su marido en su regazo.

- ¿Qué te he hecho? ¿Qué te he hecho? - Se estremeció de dolor, llorando una viudedad que había llegado con demasiada rapidez. Luego su mirada se fijó en Gustav y en su interior sintió una furia incontenible. Temblando sin poder dominarse, lo miró con los ojos llenos de lágrimas- ¡Asesino! Gustav la señaló con una mano ensangrentada mientras ordenaba a sus hombres:

- ¡Cogedla! - Su voz dejó traslucir el dolor a pesar del tono de mando -. ¡Tenemos que salir de aquí antes de que venga alguien!

Raelynn apartó la cabeza de Jeff de su regazo y corrió escaleras arriba en un intento de escapar, pero Olney Hyde, deseoso de recuperar el crédito ante el alemán, salió corriendo tras ella.

- ¡Corra, señorita Raelynn! - gritó Kingston y empezó a seguirla, pero alguien le puso una pistola junto a la cabeza.

- Si en algo aprecias tu vida, negro, te lo pensarás dos veces antes de interferir - le advirtió Gustav muy serio.

Olney subió rápidamente las escaleras detrás de Raelynn, pero cuando alcanzó el rellano, la joven giró en redondo emitiendo un gruñido muy poco femenino y le propinó una patada que a punto estuvo de alcanzarle en la cara. Olney la esquivó con facilidad y le pasó un brazo por debajo de la pierna, levantándola y bajando las escaleras con ella en brazos. Cuando llegaron al final, dos hombres la sujetaron y la llevaron ante su jefe. Agarrándose el hombro, Gustav avanzó y se burló cuando sus ojos se detuvieron en el vestido ajado y manchado de sangre.

- Tu marido era un hombre rico aunque no muy generoso contigo, mein Liebchen. Seguramente admirarás a Gustav cuando te compre bonitos vestidos, ¿verdad?

- Cuando llegue ese día el mundo dejará de existir, Gustav. - Su voz transmitió el desprecio visible en sus labios. Luego su tono se hizo más fuerte y la dureza de su amenaza provocó un

hormigueo en la nuca del alemán -. Por lo que has hecho, te juro que me vengaré e intentaré matarte.

Gustav se esforzó por sonreír.

- Habla como una mujer con temple. Así será más agradable conquistarla.

Raelynn palideció ante el comentario y no pudo reprimir un escalofrío de repulsión cuando miró aquel rostro siniestro. Parecía disfrutar enfrentándose a una débil mujer. Raelynn observó el cruel salvajismo en las duras líneas de su semblante, que mostraban claramente la verdadera naturaleza de aquel hombre. Si ella había esperado encontrar algún rincón oculto de calor o de compasión en aquel bellaco, comprendió enseguida que era de esa clase de hombre que sólo sirve a sus propios intereses sin importarle a quien hiere o daña en el camino. No tenía conciencia de lo que preocupaba a los demás. O eran meros animales que servían a sus intereses, o eran destruidos.

Como fragmentos de cielo azul, aquellos ojos taladraron hasta lo más hondo la mirada inquisitiva de Raelynn helándole el corazón mientras alzaba una ceja divertido ante su atónita incredulidad. Los demás tenían razón al temerlo, y en aquel momento la joven supo que ella no era una excepción. Aquel mismo día, por la tarde, había creído que su futuro iba a estar lleno de felicidad, ahora sólo preveía que su vida sería un infierno Gustav apretó el brazo con fuerza contra el costado, lamentando la angustiosa agonía de los huesos astillados que le atravesaban la carne. Cogió el cordón de terciopelo de una cortina cercana y ordenó a uno de sus correligionarios que le atara el brazo al costado. Aunque el dolor que sentía casi le dobló las rodillas, se mantuvo inmóvil mientras el hombre cumplía la orden. Finalmente, con los labios blancos y el semblante rígido, se dirigió a sus hombres:

- Dos de vosotros os adelantaréis a caballo hasta Charleston a buscar al Doctor Clarence. Traedlo a la fuerza si es necesario, pero tiene que estar esperándome cuando llegue. Un par de hombres salieron del vestíbulo y el ruido de los cascos de los caballos puso en evidencia la rapidez de su marcha. Gustav siguió con el resto de los hombres a un paso más lento y fue levantado cuidadosamente por cuatro de sus correligionarios más vigorosos hasta una calesa que habían confiscado, junto con los arneses y los caballos, de los establos de Birmingham. Raelynn fue transportada hasta lomos de un caballo, pero cualquier intento de huida habría sido inútil porque uno de los hombres se puso detrás de ella y sujetó las riendas con firmeza.

El sonido de la partida quedó ahogado por el grito y los gemidos del mayordomo que, apresuradamente, corrió hacia las escaleras. Kingston se arrodilló al lado de su amo y cuidadosamente buscó el espeso mechón de cabellos y encontró la línea larga y sangrienta en el cuero cabelludo. Mientras apartaba los mechones del profundo corte del que manaba sangre, creyó sentir una débil respiración en su brazo. Se inclinó y, con ansiedad, cogió la muñeca entre los dedos, no pudo detectar el pulso. Pero sus manos temblaban de tal manera que no hubiera podido percibir el golpe de un martillo de acero.

Cogiendo en sus brazos el cuerpo de Jeff, Kingston sostuvo con fuerza su carga mientras hacía un esfuerzo para ponerse de pie. Mientras subía las escaleras, las lágrimas descendían por su oscuro semblante al tiempo que se decía:

- En cuanto pueda, mataré a ese calvo.

Como respuesta a la amenaza, el repentino gemido del hombre que llevaba en los brazos hizo dar un respingo de sorpresa a Kingston, que corrió el peligro de caer rodando por las

escaleras. Observó entonces una débil sonrisa en el rostro de su amo y con un ruido sordo, Kingston cayó de rodillas.

Alzó la vista como si esperara ver a algún ser celestial encima de él, pero lo único que vio fue el brillo de la lámpara de cristal con sus velitas encendidas que estaba a punto de apagar cuando Gustav y sus bribones habían irrumpido por la puerta. Lanzó un gemido y las lágrimas, esta vez de alegría, le cegaron los ojos.

- ¡El amo está vivo! ¡Está vivo!

Saliendo de una profunda oscuridad, Jeff se pasó una mano por la palpitante cabeza y susurró:

- ¿Qué ha pasado?

- ¡Si lo supiera! - exclamó Kingston encogiéndose de hombros- Quizá ha sido un ángel que lo ha tocado.

- ¿Un ángel? - la confusión de Jeff aumentó cuando miró de soslayo a su criado, pero la cabeza le dolía demasiado para dar algún sentido a la afirmación del mayordomo. Hizo un esfuerzo para incorporarse y se apoyó en el siguiente escalón. Movió los ojos despacio y a pesar del dolor que sentía, consiguió echar un vistazo al vestíbulo. Estaba seguro de que hacía un segundo estaba lleno de rufianes. ¿O lo había soñado?

- ¿Dónde están Gustav y sus hombres?

- Se han marchado, amo Jeffrey y se han llevado con ellos a la señorita Raelynn.

Jeff se puso de pie lanzando una maldición y pronto se arrepintió del imprudente movimiento porque sintió un dolor horrible en la cabeza. El mundo giró a su alrededor. Apenas podía mantenerse de pie, se cubrió el rostro con las manos y esperó a recuperar el equilibrio.

Kingston, cuando vio que a su amo le costaba mantenerse de pie, rápidamente le rodeó los hombros con el brazo y lo llevó despacio hasta el rellano superior.

- Es mejor que se vaya a la cama, amo Jeffrey, donde podrá descansar y yo le contaré lo que ha sucedido. Luego buscaré un puñado de hombres para ir detrás de la señorita Raelynn y ese diablo de señor Fridrich. Voy a enviar a alguien a caballo a avisar al amo Brandon. Usted no puede montar en el estado en el que se encuentra.

- Ni siquiera sé a dónde se la han llevado - se lamentó Jeff mientras el sirviente lo acompañaba al vestíbulo.

- No se preocupe, amo Jeffrey. El señor Fridrich les dijo a sus hombres que fueran a buscar a Doc Clarence para que le curara de las heridas. El doctor Clarence quiere a la familia Birmingham, él nos dirá lo que queremos saber o no me llamo Kingston Tucker.

Jeff frunció el ceño, confundido.

- ¿Cómo resultó herido Fridrich?

Kingston sonrió mientras abría la puerta del dormitorio de su amo.

- Usted lo hizo, amo Jeffrey. Cuando aquel joven le disparó, usted disparó también y la bala le dio al señor Fridrich en el hombro e hizo que el brazo le colgara como si estuviera roto. Creo que no me equivoco si le digo que su puntería fue tan certera como siempre.

Kingston dejó cuidadosamente a su amo en el borde del lecho y durante un rato Jeff permaneció sentado frotándose las sienes, intentando que desapareciera el dolor. Cuando retiró las manos, se contempló los dedos que estaban leños de sangre.

- Creo que he perdido parte del cabello, Kingston. El mayordomo lanzó una risita ante las muestras de humor impávido de su amo.

- Pensamos que estaba muerto, amo Jeffrey, o al menos a punto de estarlo. La señorita Raelynn también lo pensó. Juró que se lo haría pagar al señor Fridrich y que intentaría matarlo.

- No tendrán tanto cuidado si creen que estoy muerto - dijo Jeff, mientras Kingston ponía algunas toallas encima de la almohada para protegerla de las manchas de sangre -. Pero debemos encontrarlos antes de que Gustav se dedique a Raelynn.

- Espero que ese hombre esté más herido de lo que cree para que usted pueda descansar y esperar a que llegue el amo Brandon, - Kingston echó hacia atrás a Jeff y extendió sus piernas encima del colchón -. No soy médico, pero es posible que ese sinvergüenza ya no pueda utilizar más el brazo.

Kingston vertió agua de una jarra en una palangana y, humedeciendo un trapo, empezó a lavar la herida con sumo cuidado.

- No te preocupes por mí ahora, Kingston - urgió Jeff, apartando el trapo -. Necesito que envíes ahora mismo a alguien a avisar a mi hermano. Envía a otro a Charleston a contarle al sheriff Rhys Townsend todo lo que ha sucedido. Seguro que lo entenderá. Y también necesitamos a algunos hombres dispuestos a ayudarnos.

- ¡Sí, amo Jeffrey! - Kington salió corriendo de la habitación dejando a Jeff con los ojos cerrados soportando el dolor que le producía la herida en la cabeza.

Raelynn permanecía en un rincón en penumbra del desordenado almacén mirando en silencio cómo Gustav se llevaba una jarra de whisky a la boca y daba un gran trago. El médico, un caballero de edad con los cabellos blancos y un pequeño bigote y barba, se encontraba en un agitado estado de irritación cuando llegó, por lo que vertía sobre su paciente parte de su enfado.

- ¡Ya se lo dije antes, Gustav ¡Y es evidente que tengo que repetírselo! ¡Estoy cansado de hacerle chapuzas! - despotricó -. En cuanto lo curo y puede ponerse de pie otra vez, ya está otra vez metido en discusiones con otros maleantes. Debería empezar a tomar en consideración los peligros de asociarse con sinvergüenzas o bien aprender a reprimir su temperamento cuando se encuentra entre ellos. Si no, uno de estos días sus hombres lo traerán en una caja de pino.

- Deje de predicar - murmuró Gustav con ira -. Me duele demasiado para escucharlo.

El médico lanzó un resoplido.

- Bien, no pretendía que me escuchara. Le dije la última vez que lo curé que estaba harto de que me llamaran aquí. Si ignora mis advertencias, entonces no quiero tener nada más que ver con usted.

- Arrégleme el brazo ahora. Quizá la próxima vez le haga caso.

- ¡No es probable! - se burló el doctor Clarence. Sin embargo, cortó la camisa ensangrentada con sumo cuidado y examinó la herida. Entonces hizo su diagnóstico con un profundo suspiro de exasperación.

- Hay que sacar la bala, desde luego. De otro modo le envenenará la sangre. Si esto sucede, perderá el brazo... o la vida. Tendré que sacarla sin dilación, además de las astillas de hueso que pueda encontrar.

- No me dice nada de lo que ya sé - gruñó Gustav -. ¡Empiece!

- Hubiera tenido mejor suerte si la bala hubiera salido limpiamente por el hombro - continuó diciendo el doctor Clarence.

- Haga lo que tenga que hacer. No quiero perder el brazo.

- Es mejor perder el brazo que la vida.

Raelynn se burló mentalmente del sabio consejo. Si no hubiera sido por este bruto patán, hubiera deseado gritarle al médico, mi marido todavía estaría vivo y yo a salvo, en sus brazos. Con silencio hostil escudriñó el pecho enorme de Gustav mientras recordaba el musculoso torso de su marido que hacia ya tanto tiempo que había admirado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando recordó a Jeff tumbado en las escaleras con la sangre manando de su herida- La verdad la exacerbó nuevamente. Jeff todavía estaría vivo si no hubiera sido por ella. Cuando accedió a casarse con él, lo había sentenciado a muerte. Ni siquiera tendría un hijo que lo recordara. Aunque ahora sabía mucho más de los hombres que cuando se había despertado aquella misma mañana, todavía era virgen, un hecho que sólo podía atribuirse a la gentileza de Jeff para con ella.

Y ahora, éste iba a ser su castigo. Sería el juguete de ese loco y despreciable bruto que sólo conocía la lujuria y la codicia. La violaría sin importarle nada. Desde ahora lo único que le pedía a la vida era verlo muerto, con una muerte lenta y dolorosa, porque así era cómo sufriría ella por haber dirigido a ese monstruo contra Jeff.

El lamento de Gustav sacó a Raelynn de sus pensamientos para llenarla de ansiedad. Tres de sus hombres lo sujetaban al colchón mientras el médico operaba la herida con instrumentos de metal. Se aproximó en silencio hasta los pies de la cama y cuando sus ojos se cruzaron con los de Gustav, el alemán apretó los dientes para reprimir otro grito y tembló en silencio.

- ¡Qué valiente eres, Gustav! Se burló Raelynn -. Tus chillidos son tan fuertes como los de un bebé que ha perdido el chupete.

El doctor Clarence la miró sorprendido, convencido de que Gustav había elegido a una mujer de frío corazón para compartir sus noches con ella. Luego, su mirada penetrante volvió a fijarse en su paciente. La aversión era casi tangible, lo cual no podía llegar a comprender.

Según le habían dicho, había ido voluntariamente al almacén. Entonces, ¿por qué ese joven llamado Olney Hyde parecía rondar amenazadoramente a la joven?

- Haz algo útil, muchacha - ordenó el doctor Clarence, taladrándola con la mirada antes de hacer un gesto con la cabeza hacia la jarra de whisky -. Lava esta sangre con el licor.

Raelynn contempló la forma panzuda de Gustav detenidamente y luego levantó la mirada hasta el médico.

- ¿Por qué debo hacerlo?

Olney le agarró el brazo hasta hacerle daño y apretó el cañón de la pistola contra la sien de la joven.

- Porque si no lo haces, te saltaré la tapa de los sesos. Cuando escuchó el sonido metálico del gatillo del arma, a Raelynn se le heló la sangre en las venas. La muerte sólo era un latido del corazón que se detiene; recordó a su marido muerto y consideró el beneficio de
su propia muerte, al fin su conciencia dejaría de acusarla.

Alzó los hombros con un gesto de indiferencia y se enfrentó al hombre que la estaba amenazando.

- Es mejor que compartir la cama con ese cerdo asqueroso. Durante un instante, Olney se la quedó mirando con expresión amenazadora, nunca había visto a un hombre, y mucho menos a una mujer, que se burlase así con una pistola en la sien. El doctor Clarence se enderezó, indignado.

- ¡Aparta ese maldito cañón antes de que agujeree la cabeza de la muchacha! - rugió colérico -. ¡O me ayudas o dejaré que este hombre muera bajo mi escalpelo!

- ¡Olney! ¡Haz lo que dice! - gritó Gustav. Cogió de nuevo la jarra y haciendo un gran esfuerzo dio varios tragos mientras temblaba de dolor.

Olney alzó los hombros con gesto indolente y apartó el cañón de la pistola de la cabeza de Raelynn. Imitando una reverencia de cortesía, se apartó unos pasos de la joven dejándola respirar.

- Muchacha, no eres muy escrupulosa- dijo el doctor Clarence con impaciencia -. Te he dicho que me ayudes.

Raelynn indicó con la mano a media docena de bribones que estaban en la habitación bebiendo whisky de sus jarras.

- Estoy segura de que esos hombres tienen tantas ganas de que el señor Fridrich sobreviva como yo. Esta noche estaba casada y ese cerdo alemán ha matado a mi marido antes de traerme a este cubil de ladrones asesinos. Lo único que me importa es vengarme, y si le ayudo, haré todo lo que pueda para ver que ese Gustav no acabe la noche.

Gustav lanzó un resoplido en medio del dolor.

- Puede que deje a mis hombres que sean los primeros, ¿eh, frau Birmingham?

- ¿Birmingham? - repitió incrédulo el doctor Clarence. Miró primero al alemán y luego a Raelynn y preguntó con rudeza- : ¿Quieres decir, muchacha, que esta tarde te has casado con Jeffrey Birmingham y que ahora él está muerto?

A Raelynn se le llenaron los ojos de lágrimas mientras asentía.

- Gustav y sus hombres irrumpieron en la casa de la plantación Oakley y le dispararon mientras yo estaba arriba.

El doctor Clarence lanzó una maldición en voz baja, dejó el escalpelo y empezó a pasear por la habitación profundamente turbado.

- Hace unos treinta años ayudé a venir al mundo a Jeff Birmingham. Me mandaron a buscar cuando descubrieron que venía de nalgas. Su madre soportó valientemente el dolor para dar a luz a su bebé. Desde entonces, he visto pocos hombres que pudieran igualar el valor de los Birmingham. ¡Y ahora me dices que Jeff ha sido asesinado y que debo atender a su asesino! ¡El diablo se os lleve a todos, ratas asquerosas! ¡No lo haré!

Gustav clavó unos ojos como dos bolas de fuego en el médico. El dolor en el hombro era mucho más fuerte que las palabras del médico sobre Jeff o que el desagrado que pudiera sentir después de escuchar las de la joven sobre la pérdida de su marido. Con un gesto de ira y un chasqueo de los dedos, Gustav envió a Olney al lado de Raelynn con el arma. De nuevo la martilleó junto a la sien de la joven.

- La muchacha morirá, Doctor, si no me cura el hombro. Y le prometo que si Olney tiene que matarla a ella, también lo matará a usted.

El doctor Clarence lo contempló durante un instante. Luego, ya que no tenía otra elección, asintió sin decir palabra. Cogió nuevamente el instrumental y esperó hasta que la pistola se alejó de la cabeza de Raelynn para volver a su trabajo.

Gustav se desmayó cuando el médico le extrajo la bala. También sacó algunos trozos de hueso astillado. Fue entonces cuando Raelynn accedió a ayudar, pero sólo para humedecer la frente del médico. Olney continuó a su lado, dispuesto a segarle la vida si el escalpelo dejaba de trabajar. Al fin fue cerrada la herida y vendada de tal manera que el brazo herido quedó pegado al costado del alemán. Gustav se agitó un poco cuando lo estaban vendando, pero como sentía tanto dolor, el anciano médico le dio una cucharada de láudano para que se quedara dormido. Mientras el alemán se sumergía en las profundidades del sopor, el doctor Clarence empezó a guardar sus herramientas.

- Me voy a casa a limpiar todo esto - les dijo a los hombres de Gustav -, pero volveré dentro de dos horas para comprobar como sigue. Si empieza a sangrar otra vez, enviad a alguien a buscarme. Y ahora una advertencia - Si cuando vuelva encuentro que la muchacha ha sufrido algún tipo de daño, dejaré que Gustav se pudra en su propia sangre, os lo prometo -.

El doctor Clarence salió a regañadientes porque no quería dejar a Raelynn en manos de su raptor. Aunque su casa sólo se encontraba a cinco edificios de distancia, le pareció que había recorrido varios kilómetros cuando finalmente llevó el caballo al establo y descabalgó.

- ¿Doctor Clarence?

El anciano miró de soslayo hacia las sombras de donde procedía la voz. Sintió cierta aprensión porque por segunda vez en unas horas una voz lo llamaba desde la oscuridad. Pensó en las consecuencias que sufriría Raelynn si alguien más había decidido llevárselo a algún sitio.

- ¿Quién es? ¿Qué desea?

- Necesitamos su ayuda, doctor Clarence.

La voz procedía de la penumbra y el médico apenas vio a dos hombres altos y vestidos de negro que se aproximaban. Cruzaron una mancha de luz de luna que brillaba a través de las ramas de un gigantesco roble y el médico se quedó atónito cuando vio a uno de ellos.

- ¡Jeffrey Birmingham! ¿Qué milagro es este? Me habían dicho que habías muerto.

- Ha estado a punto - respondió Brandon Birmingham apoyando una mano en el hombro de su hermano -. Tiene una profunda herida de bala en la cabeza.

- Necesitamos su ayuda, doctor Clarence - repitió Jeff cuando se detuvo junto al anciano -. Tiene que decirnos a dónde se han llevado a mi esposa, a Raelynn.

- Te lo diré con mucho gusto, Jeff - contestó el médico -, pero no podéis ir allí solos. ¡Os matarán!

- Tenemos siete jinetes escondidos entre los árboles detrás de su casa y esperamos doce más con el sheriff. Enviamos recado por delante, para que Rhys supiera con cuantos hombres de Gustav tendríamos que enfrentarnos. Depende de cuantos voluntarios haya podido reunir a estas horas de la madrugada.

- Matarán a Raelynn si no tenéis cuidado - advirtió el médico- Me obligaron a curar el hombro de Gustav poniéndole una pistola junto a la sien. Ese bribón, Olney, debe de sentir placer matando. He oído algún rumor sobre él, dicen que fue quien te disparó, Jeff. Créeme, es tan peligroso como una serpiente cascabel.

- Si Olney la mata, tendrá que responder ante Gustav – razonó Jeff -, no creo que quiera hacerlo. Podría significar su vida. ¿Cuándo esperan que vuelva?

- Dentro de dos horas, más o menos.

- Díganos dónde se esconden - urgió Brandon -. Necesitamos saber todo lo que pueda decirnos de ese lugar, entonces podremos establecer un plan.

- Vosotros dos debéis conocerlo. Están en el viejo almacén de Milburn, justo a unos edificios de aquí.

- Pensé que se iban a ocultar en otro lugar - dijo Jeff.

- Como Gustav siempre tiene a su alrededor un ejército de hombres para protegerlo, ¿por qué iba a tener miedo de que alguien lo molestara en su guarida? - razonó el doctor Clarence -. Además, ese hombre tiene más vidas que un gato.

- Conocemos bien el almacén - informó Brandon al cirujano -. De hecho Jeff estuvo a punto de comprarlo hace un tiempo, pero luego decidió que estaba demasiado alejado de los muelles para que resultara cómodo para los embarques.

- Gustav vive en un apartamento que se ha construido en la planta baja del almacén - les advirtió el doctor Clarence -. La mayoría de los hombres probablemente estarán con él, pero también podéis esperar que haya algunos vigilando lo que sucede afuera.

- Cuando vuelva y acabe de visitar a Gustav, procure quedarse junto a la puerta con Raelynn. Cuando escuche un suave gorjeo de pájaro procedente del exterior, sugiera que se va a sentir mejor cuando respire un poco de aire fresco. Insista en ello. Si Gustav está despierto, pregúntele si ella puede salir a dar un paseo. Como creerá que sus hombres están vigilando afuera, dará su consentimiento. Espero que entonces ya habré reemplazado sus centinelas con algunos de mis hombres.

El doctor Clarence se frotó la barba pensativo.

- El plan puede funcionar si todo sale bien. Al menos me permitirá sacar de allí a Raelynn antes de que empiecen los disparos. A la luz de la luna, brilló la blanca sonrisa de Jeff.

- Y yo estaré junto a la puerta para ponerla a salvo.

- Acabo de recordarlo, muchacho - dijo el doctor Clarence poniendo una mano en el brazo de Jeff -. Raelynn cree que estás muerto. Sufrirá una fuerte impresión cuando vea que estás vivo.

- Procuraré no impresionarla demasiado - Le aseguró Jeff. Luego, frente a la casa del médico, contempló el gato rayado que estaba sentado en el porche y añadió rápidamente los últimos toques de su plan -. ¿Qué le parece si le tomamos prestado aquel gato macho?

- ¿Félix? - Al médico le confundió aquella pregunta -. Con gusto, Jeff. ¿Porqué?

- Félix podría crear ese tipo de diversión que necesitábamos para distraer la atención de los vigilantes, especialmente si el gato es perseguido por los sabuesos del sheriff. También necesitamos ese bozal que fabricó para la cabeza de Félix cuando iba detrás de todas las hembras de la ciudad.

El doctor Clarence miró a Brandon, que estaba desconcertado. Pero al cabo de un instante, dijo:

- Pobre sabueso de Townsend si da caza a Félix. A ese viejo gato se le conoce por haber hecho pedazos a varios perros mestizos. El comentario despertó las carcajadas de los otros dos.

- Townsend posee un silbido especial que hace que el perro vuelva a su lado en medio de la carrera. Si todo sale bien, ningún animal resultará herido.

- No me preocupo, Jeff - Ya se que cuidarás de Félix. Siempre le divertían las golosinas que le llevabas cuando venías de visita - dijo el médico muy serio -. Pero temo por ti y tus amigos. He ido varias veces al almacén a curar a Gustav y sus hombres, y en varias ocasiones he observado grandes canastas apiladas en el almacén casi hasta el techo, del tipo de esas armas de avancarga que se embarcan. No me sorprendería que Gustav guardara en el almacén un

montón de ellas. Tiene hombres suficientes para utilizar cualquier tipo de arma que tenga guardada. Podrías empezar una guerra.

- En cuanto Raelynn esté a salvo, el sheriff se encargará de Gustav y de sus hombres como crea conveniente - replicó Jeff -. Últimamente se ha hablado de los contrabandistas que hay en la zona. Townsend puede decidir registrar el almacén, a ver lo que encuentra.

El anciano dio una palmadita suave en la mejilla de Jeff mientras emitía una risita.

- Advierte a tus amigos que echaré un vistazo al herido. Gustav podría estar mucho tiempo en la cárcel recuperándose de sus heridas. Considerando la frecuencia con la que resulta herido, podría vivir mucho tiempo si se le encierra.

- Estoy seguro de que Townsend hará lo que pueda para satisfacer su petición. Gustav le despierta tanto interés como a nosotros.

- Gustav no es lo que llamarías un tipo clemente. Si logras sacar de allí a Raelynn, irá tras ella de nuevo... si no se le aparta- - Me gustaría verlo - Le aseguró Jeff al médico -. Si no es un contrabandista, entonces es un secuestrador.

- Y si sólo es cuestión de tiempo, antes de que vuelva a estar libre otra vez, ¿entonces qué?

- Entonces lo mataré.

Capítulo 3

Dos hombres altos vestidos de negro caminaban por la callejuela hasta que llegaron a una esquina del edificio que estaba al otro lado de la calle, frente al del viejo almacén de Milburn. Una vez allí, protegidos por la oscuridad, los dos hombres observaron a los centinelas que estaban de guardia en el almacén. Varias linternas iluminaban la zona frente al edificio y mientras los vigilantes hacían su ronda, los dos hombres intercambiaron unas palabras antes de trasladarse a los extremos opuestos. Una vez allí, se detuvieron y volvieron sobre sus pasos.

Un hombre corpulento y de anchas espaldas se reunió con los otros dos que permanecían ocultos y, con un gruñido malhumorado, puso el gato con el bozal en brazos del que tenía más cerca.

- ¡Aquí está! - dijo siseando el sheriff Rhys Townsend -. Como esta maldita idea ha sido vuestra, os cedo el divino privilegio de sostener a esta bestia infernal- Me ha dejado todas estas marcas de uñas en los brazos y mi mujer se preguntará con qué gata me he acostado. Todavía no hemos estado casados el tiempo suficiente para tener la primera pelea. Además, parece que vosotros dos vais a necesitar a este gato salvaje más que Farrell y yo.

Jeff, con una sonrisa, apretó en sus brazos al gato y, casi de inmediato, Félix se tranquilizó al reconocer a su amigo. Y cuando Jeff lo rascó detrás de la oreja y le acarició el lomo, el animal empezó a ronronear con deleite.

El repentino cambio de humor de Félix provocó un resoplido en el Sheriff.

- Intenté hacer lo mismo, tal como me dijiste - dijo Rhys Townsend con un murmullo -, pero este intratable animal se negó a recordar sus buenos modales.

Brandon se puso una mano en la boca para disimular su regocijo. Era un hecho conocido que al gigantesco sheriff le gustaban tanto los gatos como las serpientes venenosas.

- No te excuses, Rhys - murmuró con una sonrisa -, Comprendemos que te asusten los gatos y no quieras tenerlos cerca. El problema, tal como lo veo, es que Félix también lo sabe.

Townsend lo miró con expresión dura y exasperada.

- ¡Pues tú no te has arrimado a esta criatura!

Brandon levantó las manos como protesta de su inocencia.

- ¿Y qué puedo hacer si me gustan más los perros?

- Humm. Nadie me hará creer que Jeff Birmingham prefiere a los gatos - comentó el sheriff

- No después de haber visto a todos esos sabuesos rondando por Oakley.

- Jeff habría tenido un parque zoológico en casa si mamá lo hubiera dejado - dijo Brandon sonriendo.

- ¿Qué has visto en la parte de atrás? - preguntó Jeff al representante de la ley, volviendo al asunto por el que se encontraban allí.

- Dos vigilantes, lo mismo que aquí, pero la zona no está tan bien iluminada, así es que tendremos ventaja. Farrel me ha dicho que puede quedarse en la esquina del extremo sin ser visto y ocuparse del vigilante que esté más cerca de él cuando haga su ronda. Yo me ocuparé del otro al mismo tiempo. ¿Qué haréis vosotros dos?

- En cuanto Félix llame la atención de los vigilantes, Brandon y yo nos ocuparemos de esos dos. - Jeff puso una mano en el brazo de su amigo -. Cuando cojáis a los dos de la parte de atrás, aseguraos de que no puedan alertar a los demás antes de que el gato y el perro hagan lo que tienen que hacer. Tenemos que sacar vivos a Raelynn y al doctor Clarence y no podremos entrar en el almacén hasta que ellos estén fuera.

Rhys Townsend lanzó una risita mientras se sacaba la porra del cinturón y se daba un golpecito con ella en la palma de la mano.

- En cuanto les demos un golpe en la cabeza con esto, los centinelas caerán como moscas muertas.

- Los dejaremos sin respiración, ¿verdad? - se burló Brandon con ironía -. He peleado muchas veces con Farrel Ivés para saber que tiene un poderoso puño.

Las anchas espaldas de Townsend se agitaron un poco en un divertido silencio, luego se inclinó para murmurar:

- Puedes apostar a que ese chulo no ha aprendido a luchar como un guerrero en esa elegante tienda de ropa que tiene.

- Será mejor que Farrell no oiga que lo llamas chulo - dijo Brandon sonriendo - o te romperá los dientes.

- Oh, ya lo sabe - repuso Rhys encogiéndose de hombros -, pero también sabe que tengo celos de su buena presencia y de todas esas ropas elegantes que lleva. No lo insultaría intencionadamente en público- Mi madre no crió a un papanatas.

El sheriff saludó y se marchó con una sonrisa. Su corpulencia pronto quedó oculta por la oscuridad. Pasó un momento ames de que los dos vigilantes se reunieran otra vez, ante el almacén, Jeff alzó una mano y se acercó en silencio a su hermano enviándolo rápidamente al lado del edificio donde se encontraban. Brandon dio la vuelta a la esquina y desapareció.

Jeff esperó para darle tiempo a Brandon a que tomara posiciones en el extremo del edificio, luego le quitó el bozal al galo y lo dejó en el suelo suavemente, en dirección al almacén. Félix miró en todas direcciones sin emitir un sonido y se detuvo un instante, después empezó a caminar ágilmente por la calle en dirección a los vigilantes, pero cuando un fuerte ladrido rompió el silencio abruptamente, el gato se detuvo alarmado y miró hacia atrás, hacia la oscura calle de donde procedía aquel ruido. Cuando apareció un perro enorme, Félix se quitó de en medio con un maullido llamando la atención de los dos vigilantes que rieron a carcajadas al ver que el animal se dirigía hacia ellos. El sabueso empezó a perseguir al gato y sólo Jeff vio cómo Brandon corría por la calle detrás de los vigilantes que reían y desaparecía en la negra oscuridad por el extremo más alejado del almacén. Cuando los dos centinelas se volvieron a mirar a los dos animales, Jeff corrió hacia el extremo opuesto y se perdió en la oscura penumbra.

Se abrió la puerta del almacén y Olney se asomó y preguntó:

- ¿Qué demonios está pasando ahí afuera?

Uno de los guardias le disipó la preocupación.

- Nada de qué preocuparse. Sólo un perro persiguiendo a un gato.

¿Cómo está Gustav?

- Mucho mejor. El médico está con él ahora y le ha dado un poco más de poción para dormir. No hagáis mucho ruido aquí afuera para que pueda descansar.

La puerta se cerró y los vigilantes reanudaron su paseo hasta las dos esquinas del almacén. Una vez allí, recibieron un fuerte golpe en la cabeza que los dejó inconscientes. Luego los cogieron y los arrastraron al otro lado de la esquina del edificio, donde los dejaron. En el apartamento, en el interior del almacén, el doctor Clarence cerró su maletín y, con él en la mano, se acercó a Raelynn. La joven estaba sentada en una silla cerca de la puerta, parecía agotada y abatida. Oyó un ligero crujido al otro lado de la puerta mientras le ponía una mano en el hombro para reconfortarla.

- Un paseo al aire libre te sentará muy bien, jovencita - le dijo -. Has respirado este aire viciado y puedes ponerte enferma. Acompáñame afuera y luego te envuelves en una manta cerca de la cama de Gustav y duermes un poco. Ninguno de estos hombres te hará nada.

Raelynn se puso de pie lentamente y dirigió una mirada interrogadora a Olney.

- ¿Puedo salir un rato afuera con el doctor?

- Puedes - contestó haciendo una mueca, complacido por la autoridad que tenía sobre esos dos - Pero recuerda... si intentas escapar, le pegaré un tiro al doctor y a ti te encadenaré a la cama de Gustav. Será la primera cara que vea cuando despierte.

Raelynn se echó a temblar, estaba demasiado fatigada para ignorar aquellas amenazas. Asintió mecánicamente y el médico abrió la puerta. La joven cruzó los brazos sobre el pecho y visiblemente desconcertada salió a la oscuridad iluminada sólo por la luz de una linterna. Más allá de los edificios, hacia el este, detectó un suave brillo en el cielo nocturno que anunciaba que el amanecer estaba próximo.

Olney se acercó a la puerta y gritó al hombre alto vestido de oscuro que estaba en la esquina.

- Vigílalos bien. Que la chica no escape, ¿has oído?

- Lo he oído - replicó el otro.

La puerta se cerró y de repente los vigilantes dieron la vuelta y se dirigieron corriendo hacia ellos. El médico agarró una mano de Raelynn e inclinándose, acercó su rostro al de ella para que la escuchara con atención.

- Has de ser fuerte, muchacha. Vas a recibir una gran impresión.

Raelynn lanzó un gemido e intentó desasirse.

Uno de los vigilantes se acercó al médico, sin duda para evitar cualquier treta que pudieran estar tramando, pero ella se volvió hacia un lado, como si no quisiera reconocer a aquel hombre. Seguro que era uno de los rufianes de Gustav.

- ¿Raelynn?

La joven se quedó sin aliento. Aquella voz suave y dulce se parecía mucho a la de... ¡a la de Jeff!

Su cerebro bloqueado le debía de estar jugando una mala pasada...

- Querida Raelynn ¿no me reconoces? - preguntó el hombre suavemente.

La joven se dio la vuelta y lo miró con lágrimas en los ojos. ¡Ningún charlatán tenía el derecho de imitar las suaves maneras de su marido... ni su voz!

Se le iluminaron los ojos cuando reconoció aquel rostro familiar y la impresión que sufrió fue como si hubiera recibido un golpe. Las rodillas le cedieron y si no hubiera sido por Jeff que se adelantó a cogerla, Raelynn habría caído al suelo.

- ¡Estás vivo! ¡Estás vivo! - gritó excitada mientras él la atraía hacia sí. Se abrazó a su marido, incapaz de creer que aquel momento era real, que de verdad estaba vivo. Le temblaban las manos cuando acarició su mejilla -. ¡Pero si te vi muerto en las escaleras! ¡Había tanta sangre! ¡Pensé que estabas muerto! ¿No me engañan los ojos? ¿Cómo puedes estar aquí ahora, como si nada hubiera sucedido?

- Sólo estaba herido, mi amor - afirmó él con una sonrisa -. La bala me rozó el cuero cabelludo y me dejó inconsciente. Eso es todo.

Brandon se había detenido cerca y vigilaba el extremo del almacén cuando el sheriff apareció corriendo por el otro lado. Brandon apoyó una mano en el brazo de su hermano y le dijo con urgencia:

- Jeff, vamos a sacar de aquí a Raelynn. Townsend y los hombres ya están listos para entrar en el almacén y si todavía está aquí cuando los esbirros de Gustav presenten resistencia, podría resultar herida en el fuego cruzado.

- Yo la llevaré a Oakley - dijo el doctor Clarence -. Tengo la calesa aquí cerca.

- Heather cuidará de ella - les informó Brandon -. Se ha puesto en camino con una de sus sirvientas después de irme yo. Se ocupará de mantener a Raelynn sana y salva.

A pesar de los ofrecimientos de ayuda, la joven esposa abrazaba con desespero a su marido, temerosa de dejarlo ir.

- ¿No puedes llevarme tú a casa, Jeff?

El doctor Clarence fue quien se lo explicó.

- Tu marido tiene que estar aquí, querida, para evitar que las mentiras de Gustav convenzan al sheriff. - El anciano la cogió suavemente de la mano -. Vamos muchacha. Así podrás

descansar en Oakley, lo necesitas. La esposa de Brandon te cuidará y te consolará y Jeff irá tan pronto como pueda. Son órdenes del médico, ya sabes.

A Raelynn no le convenció la lógica del anciano y todavía se resistió.

- ¿Y si te sucede algo, Jeff? - preguntó con la voz empañada por las lágrimas -. Pensaba que te había perdido para siempre. Me moriría si te vuelvo a perder.

Jeff la tomó entre sus brazos y apoyó su mejilla en sus perfumados cabellos.

- ¿Y qué haría yo, mi amor, si resultas herida o te matan? - preguntó con ternura -. ¿Y si algunos hombres de Gustav escapan y te encuentran? No me lo perdonaría nunca si te raptan otra vez. En Oakley estarás a salvo, enviaré a un par de hombres contigo para asegurarme de que tú y el doctor llegáis sanos y salvos.

Raelynn lanzó un gemido, comprendía su razonamiento y sin embargo era incapaz de separarse de él. Tampoco podía ignorar a todos esos hombres que estaban esperando asaltar el almacén. No tenía otra elección.

- Iré a Oakley - murmuró -. Pero no descansaré hasta que sepa que estás a salvo.

Jeff se inclinó y apretó los labios junto al oído de ella.

- Espérame en mi cama, mi amor. Antes de que el sol se levante y se vuelva a poner, la compartiremos juntos como un hombre y una mujer.

El sheriff Rhys Townsend puso una mano en el pomo de acero de la puerta y, sin llamar o pedir permiso, abrió el pesado portal y entró con un par de pistolas. Algunos bribones corrieron a ponerse a cubierto y dispararon. El ruido hizo que Gustav se despertara sobresaltado. El miedo lo dejó paralizado cuando sobre su cabeza se cruzaron las balas y aunque estaba aturdido, comprendió que era una locura intentar levantarse.

Jeff cruzó la puerta y descargó las pistolas hacía el lugar de donde procedían los disparos. Brandon le pisaba los talones y tras él irrumpieron una docena de hombres que blandían armas de uno u otro tipo. Rápidamente se dispersaron por el interior del almacén y siguió un confuso desorden cuando los truhanes intentaron encontrar una vía de escape. Las ventanas tenían barrotes, pero podían llegar fácilmente hasta las puertas. Disparando para cubrirse la retirada, los correligionarios de Gustav corrieron hacia el almacén principal donde se ocultaron entre las cajas o en cualquier rincón que les podía dar protección. El ambiente estaba lleno del fragor de los disparos mientras Gustav yacía lleno de confusión en el lecho. Aturdido por el láudano, no le quedó más remedio que esperar a que alguien fuera a rescatarlo.

Jeff alzó una mano y llamo la atención de Townsend hacía el lecho. El jefe de los rufianes estaba a su merced, y la mejor manera de acabar el conflicto era que sus hombres se dieran cuenta de ello. El sheriff lanzó una sonrisita al comprender lo que Jeff quería decirle, y cruzó rápidamente el apartamento para que el otro se diera cuenta de su presencia.

Gustav tuvo un sobresalto y se quedó mirando con ojos alarmados los cañones de la pistola que le estaba apuntando a la cara.

- Quédate quieto - dijo Townsend pronunciando las palabras con exageración y con una sonrisa complaciente -. De otro modo voy a tener que hacerte más daño.

Gustav apretó las mandíbulas y miró a Townsend por encima de la pistola que le apuntaba.

- ¿Qué significa todo esto? - preguntó -. ¿Qué derecho tiene a irrumpir aquí y amenazarme a mí y a mis hombres?

- ¿Es posible que no me conozcas, señor Frederick? Todo el mundo sabe que soy el sheriff.- Townsend se estaba divirtiendo mucho y gesticulaba con la pistola mientras hablaba. Transcurrió un momento y observó que el alemán seguía con la vista los cañones de la pistola que subían y bajaban ante sus ojos. Townsend apuntó entonces el arma hacia el techo, encima de sus cabezas, y sonrió al hombre.

- Pues deja que me presente, señor Frederick. Soy el sheriff Rhys Townsend.

- ¡Ya sé quién eres, imbécil! - le espetó Gustav con creciente disgusto -. Y mí nombre es Fridrich. ¡Gustav Fridrich!

- Bien, Fridrich, entonces déjame decirte algo. Si alguno de tus hombres no deja inmediatamente el arma, te vas a encontrar en graves problemas. ¿Qué eliges? ¿La rendición de tus hombres... o tu arresto inmediato?

- ¿Tengo alguna elección? - preguntó el alemán burlonamente.

- Ninguna - replicó Townsend con absoluta seguridad. Gustav se lo quedó mirando con expresión atónita mientras calibraba sus posibilidades, pero aunque no tenía la cabeza clara, comprendió lo difícil de su situación. El sheriff no le había dado otra alternativa; tenía que obedecerle o lo arrestaría. Y dejar el almacén a la discreción del representante de la ley.

- ¡Soy Gustav! ¡Que todos mis hombres dejen las armas! - gritó estirando la cabeza -. ¡Los que podéis oírme, decídselo a los que no pueden! El sheriff se me llevará si seguimos resistiéndonos. - Las pistolas empezaron a enmudecer mientras unas voces pasaban el mensaje ¡Creédme! Ha habido una equivocación. No temáis que el sheriff os arreste. No puede hacerlo sin una razón. Townsend contempló al alemán con evidente escepticismo.

- Tú y tus correligionarios habéis irrumpido en casa del señor Jeffrey, le habéis disparado y os habéis llevado a su esposa, por no mencionar los caballos y el coche que habéis robado, y luego dices que no tengo una buena razón para arrestarte.

- ¡Ése se llevó a mi mujer! - exclamó rabioso -. Tengo el recibo de compra que prueba que la muchacha es mía, la he comprado esta tarde en Charleston.

- Querrás decir ayer tarde, ¿no? - señaló Townsend -. Quizá no lo sepas pero ha salido el sol, ya es un nuevo día.

- ¡Qué importa! ¡No veo la diferencia!

- Bueno, me gusta ser muy concreto acerca del tiempo - añadió el sheriff -. Porque puede aclarar tus motivos y explicar la diferencia entre un arresto por rapto y robo de caballos o tu libertad, puesto que podías estar intentando recuperar una propiedad por la que habías pagado un dinero.

- ¡No importa el tiempo que haga que la haya comprado, sigue siendo mía! ¡Y puedo probar lo que digo! - Gustav miró a su alrededor y descubrió a Olney. Le hizo un gesto imperioso para que buscara algo en su escritorio -. Coge ese papel firmado por Cooper Frye.

Un caballero alto y elegante, que llevaba una barba impecable a lo Vandyke, se acercó a los pies de la cama. Echó un rápido vistazo a una levita chillona y arrugada y a un sombrero con una pluma que colgaban de un perchero próximo y por un instante se le formó en el ceño una expresiva arruga de dolor. Iba vestido de oscuro, adecuado para la misión que se le había encomendado. Las prendas se le adaptaban perfectamente a las espaldas cuadradas y a su cuerpo musculoso. Dirigió la mirada al ocupante del lecho y al presentarse, dirigió al herido una sonrisa que puso al descubierto unos dientes blanquísimos.

- Soy Farrell Ivés, y aunque nunca nos han presentado, he oído hablar de usted. Soy propietario de una tienda de ropa aquí en Charleston, que usted obviamente no conoce, pero puedo asegurarle que en la acera frente a mi establecimiento, Jeffrey Birmingham compró a la señorita Raelynn Barret a su tío, y como yo... - Inclinó la cabeza con un gesto hacia sus compañeros - muchos de estos caballeros pueden atestiguarlo. También se que mi amigo se casó con ella, lo que la hace completamente suya.

- ¡La muchacha es mía! - bramó Gustav. Cogió el trozo de papel que le llevó Olney y se lo mostró muy decidido al sheriff -. ¡Aquí está la prueba! ¡A ver si Herr Birmingham puede presentar la prueba de que la chica es suya! ¡Que venga aquí a exigirlo!

Los hombres allí reunidos abrieron paso a los hermanos Birmingham mientras se aproximaban al lecho. Gustav y OIney los miraron atónitos, porque uno de ellos era Jeff Birmingham. El que lo seguía tenía que ser un pariente próximo, porque el parecido era sorprendente.

Deteniéndose junto a la cama, Jeff dirigió al alemán una sonrisa mientras le entregaba a Townsend un documento en el que había escrito su contrato con Cooper Frye. Lo utilizó como recibo para verificar la compra de Raelynn.

- No soy un fantasma - le aseguró a Gustav -. Tu lacayo es un mal tirador. Olney se revolvió ante el insulto, pero se apresuró a defenderse.

- ¡Fue un accidente! - gritó -. ¡No quería dispararle!

La risa breve y sardónica de Brandon coreó esta afirmación,

- No es esto lo que he oído.

Jeff dirigió una mirada incrédula al joven bribón.

- Ni yo tampoco. ¿Recuerdas a mi mayordomo? Bien, pues Kingston jura haberte visto sacar la pistola, apuntarme a la cabeza y dispararme. Me parece a mí que no se trata de un accidente.

- ¿Qué vale la palabra de un negro contra la mía? - exclamó Olney. Townsend dejó de comprobar los documentos y clavó una mirada ominosa en el hombre hasta que Olney, sintiendo el penetrante calor de sus ojos, le dirigió a su vez una mirada de interrogación.

- Estás juzgando a ese hombre - le informó bruscamente.

- ¿Juzgando a ese... hombre? - preguntó Olney sorprendido -. ¿Qué quiere decir?

- ¿Que quiero decir, chico? ¿Has olvidado lo que dije? - Las palabras de Townsend provocaron las risas de sus ayudantes -. No eres muy listo, ¿verdad? Pues te lo voy a explicar para que no te quede ninguna duda. Creeré en la palabra de Kingston por encima de la tuya siempre y en todo lugar.

Olney poseía un fuerte sentido de autoconservación. Con un gesto de cólera, señaló a Jeff con un dedo -.

- ¡Ese tipo amenazaba al señor Fridrich con una pistola! ¡Como puede ver él también disparó!

- ¡Con qué facilidad olvidas las cosas, muchacho! - le amonestó Townsend -. ¡El señor Fridrich irrumpió en casa de Birmingham! ¡Fue allí a llevarse a la esposa de este hombre!

Gustav interrumpió aquella conversación con un grito irritado.

- ¡Nein! ¡Es mía! ¡La compré y pagué por ella!

Townsend, haciendo una mueca, se pasó una mano por la barbilla sin afeitar mientras contemplaba el documento de Jeff. Luego se aclaró la garganta.

- ¡Bien! Está claro que Cooper Frye firmó con su nombre los dos documentos, pero si se trata de quién pagó más por la muchacha, el señor Birmingham te gana, señor Fridrich, porque pagó tres veces más.

- ¡No importa quién pagó más! ¡Lo que importa es quién la compró primero! - Gustav apretó los dientes para reprimir el dolor que se le despertó debido a sus movimientos cuando se apoyó en un codo -. Cooper Frye vino a verme hacía las cuatro de la tarde y me dijo si quería comprarle a su sobrina. Entonces le di doscientos cincuenta dólares yankees y le hice firmar un recibo. Cuando envié a un hombre para que la trajera al almacén, Cooper Frye le dijo que ese Herr Birmingham se había llevado a su sobrina a su casa. No dijo nada de que Herr Birmingham hubiera pagado por ella. Si tiene un recibo, entonces es que la compró después.

- Al parecer, ese Cooper Frye te ha estafado, Herr Fridrich - le informó Jeff bruscamente -. Poco después de las cuatro de la tarde, ese Cooper ya había obtenido setecientos cincuenta dólares yankees y hacía al menos una hora que tenía la suma que yo le entregué como pago por su sobrina.

- ¡Nem! - exclamó irritado Gustav, sacudiendo la cabeza -. ¡Cooper Frye no me estafaría! Jeff sonrió irónicamente.

- Supongo, Herr Fridrich, que tu confianza en la integridad de ese hombre se basa en la idea equivocada de que te teme. - Se tomó un poco de tiempo, en vista de la impaciencia del alemán, y luego siguió hablando -. Después de obtener el dinero que le di, Cooper Frye se reunió contigo y vendió a su sobrina por segunda vez en pocas horas. Enfréntate a ello, Gustav. Has sido estafado por un inglés recién llegado en barco de Londres.

Farrell Ivés se adelantó otra vez y atrajo la atención del sheriff.

- Yo estaba allí, Rhys. Vi todo lo que sucedió. A las dos menos cuarto de ayer tarde oí decir a Cooper Frye que le había prometido su sobrina a Gustav Fridrich. A las dos y medía, Jeff ya le había entregado el dinero a Cooper Frye y el hombre se había ido. Casi media ciudad fue testigo de lo que sucedió.

Media docena de hombres asintieron y Townsend devolvió el documento a Jeff. El sheriff, inclinando la cabeza hacia un lado, observó a Gustav de lejos.

- Al parecer, señor Fridrich, te ha estafado una corneja. Pero como tienes la prueba de la compra de la muchacha, no creo que pueda arrestarte por rapto. Quizá por el robo de los caballos, aunque creo que tenías un poco de prisa para que te atendiera el doctor Clarence. Sin embargo, te advierto que a partir de ahora debes mantenerte alejado de los Birmingham. De otra manera te consideraré una amenaza para la paz de esta zona. - Le entregó el documento al alemán y siguió -.

En cuanto al otro asunto, me gustaría que me dieras permiso para echar un vistazo por tu almacén. - He oído protestas de que tus hombres y tú hacéis contrabando y, si es posible, quisiera asegurarme de que tales rumores no son más que pura especulación.

Los ojos claros de Gustav se habían convertido en hielo cuando apartó la mirada del representante de la ley.

- ¿Y si me niego a su petición? Townsend rió complacido.

- Bien, en vista de que eres el responsable de que dispararan contra el señor Birmingham, podría arrestarte junto con el joven al que proteges. - Alzó la vista buscando al joven al que se refería y observó que Olney había desaparecido. Townsend reunió rápidamente a todos los hombres para que lo buscaran, pero Olney no apareció. Perplejo, Townsend se dirigió a sus ayudantes -, ¿Dónde está ese joven? ¿No os había dicho que vigilarais todas las puertas y las ventanas para que nadie escapara?

- ¡Y lo hemos hecho, sheriff! - insistió uno de sus hombres -. Nadie ha podido escapar por las puertas, se lo aseguro.

Varios ayudantes buscaron por el interior del almacén mientras otros tres salían fuera a mirar por los alrededores- La búsqueda fue inútil.

- ¡Se ha ido, sheriff! - anunció uno de los hombres casi sin aliento -. Debe de haberse deslizado fuera mientras estábamos discutiendo sobre quien era el propietario de la señora Birmingham.

- Demonios - exclamó Townsend, rojo de rabia- - Ese muchacho debe ser un estúpido, pero seguro que sabe cómo poner pies en polvorosa. - Levantó una mano e hizo un gesto a uno de sus ayudantes -. Coge unos cuantos jinetes y dad una vuelta por la ciudad a ver sí encontráis a ese bribón. Me reuniré con vosotros en cuanto Fridrich me deje echar un vistazo por aquí.

Gustav lanzó una. risa despectiva.

- Y si no lo hago, me arrestará, ¿verdad? Como no tengo otra elección, hágalo. Sin embargo, le advierto, sheriff, que le haré responsable si desaparece algo. ¿Ha comprendido?

- Tú deja que mis hombres y yo inspeccionemos todo esto antes de marcharnos. - Fue la respuesta lacónica de Townsend.

- ¿Sabe lo que está buscando? - preguntó Gustav con desdén. El sheriff alzó los hombros con despreocupación.

- Cualquier cosa que no puedas demostrar que eres el propietario con documentos o recibos.

- Ya verá que tengo todos los papeles en orden, sheriff.

- ¡Estupendo! Entonces quizá no tenga que arrestarte.

Capítulo 4

Un calor sofocante se había instalado en el campo con una tenacidad muy poco habitual y, sin ni siquiera un soplo de aire, una calina oscura colgaba encima de la tierra y mantenía el calor cerca del suelo. Jeff y Brandon llegaron a Oakley hacia el mediodía, agotados por la larga cabalgada y el calor y la noche que habían pasado sin dormir. Desmontaron cerca de la escalinata principal de la mansión y entregaron las riendas a un criado que se llevó los caballos. Heather se había quedado en la casa y salió a recibirlos al porche. Se estaba secando las manos con el delantal que llevaba atado encima del vientre prominente y miró a los dos hermanos con aprensión.

- No parecéis muy felices - les dijo con expresión preocupada -. ¿Es el calor? ¿Os preocupa algo más?

Brandon subió los escalones y le dio un beso en la frente.

- No hemos enterrado a nadie, querida, si es lo que te preocupa. Heather lanzó un suspiro de alivio.

- No hay necesidad de deciros cómo lo hemos pasado aquí. Creo que Cora y Kingston se volverán locos con la vuelta de Jeff. Sin embargo, me parece que los dos tenéis algo que decirme, y como no soy adivina, espero que me digáis de qué se trata.

Jeff se golpeó la bota con el sombrero mientras subía al porche.

- No ha ido todo lo bien que esperábamos, Tory. Eso es todo. El sobrenombre con el que Jeff la había bautizado no tuvo esta vez ese tono de burla que su cuñado utilizaba, lo que le provocó más preocupación.

- ¿ Qué ha sucedido?

Jeff exhaló un profundo suspiro y se encogió de hombros.

- En realidad es muy sencillo. El sheriff no ha podido encontrar una razón lo bastante sólida para arrestar a Gustav. El hombre había firmado un recibo de Cooper Frye donde constaba que había pagado doscientos cincuenta dólares por Raelynn. Cuando envió a alguien a buscarla, el viejo Coop le dijo al hombre que yo me la había llevado, Gustav vino aquí y se la llevó y Townsend afirmó que habría estado en su derecho si la hubiera comprado primero. Luego intentó probar que Gustav es un contrabandista, pero todos los documentos parecían estar en orden. Townsend cuestiona su validez, pero tiene las manos atadas.

- ¡Pero te dispararon en tu propia casa! - protestó Heather -. ¿No podría arrestar a Gustav por intento de asesinato? Jeff sacudió la cabeza.

- Él no fue quien me disparó y los hombres de Gustav aseguraron que se les ordenó no disparar a nadie. Al parecer Gustav intentaba intimidarme con todos los hombres que trajo hasta aquí y creyó que le entregaría a Raelynn sin luchar.

- No te conoce bien, ¿verdad? - observó Brandon con una risita deplorable,

- ¿Y el joven que te disparó? - preguntó Heather -. ¿Por qué no lo ha arrestado?

Su marido volvió a reír, esta vez con menos humor.

- No te lo creerás, querida, pero Olney desapareció ante nuestras propias narices.

- ¿Qué significa desaparecer? - Heather frunció el ceño confundida -. ¿Se escapó?

La sonrisa de Jeff fue como una mueca ligera y movió la cabeza, con una expresión tan perpleja como la de ella

- Olney se fue antes de que nos diéramos cuenta. Todas las ventanas tenían barrotes y nuestros hombres vigilaban las puertas. Nadie pudo abandonar el almacén sin ser visto. Había tantos hombres en el interior, que era difícil seguirlos a todos. Townsend estuvo hablando un momento con Gustav y luego sin que ninguno de nosotros supiera cómo, Olney desapareció. Había unas cestas de mimbre en el almacén principal, demasiadas para que el sheriff pudiera examinarlas todas mientras buscaba objetos de contrabando, pero revisó todas las que encontró abiertas.

Heather frunció el ceño con expresión preocupada.

- El hecho de que Gustav todavía esté libre no le sentará bien a Raelynn. Ya he tenido trabajo para convencerla de que todo va bien, Jeff debería de haber descansado antes de que llegaras, pero cuando se entere de todo esto, no creo que pueda dormir más, y no la culpo por ello.

- No te preocupes sin razón, mi amor - le dijo su marido con cariño, volviendo el rostro de su mujer hacia él. Rozó sus labios con una suave beso y le pasó una mano por el vientre al tiempo que admiraba su encantador aspecto de embarazada -. No querrás molestar a nuestra hija que todavía no ha nacido con estas preocupaciones, ¿verdad?

Heather sonrió y se dejó llevar por la suave caricia de su marido hasta que se dio cuenta de que su cuñado los estaba contemplando con un brillo de felicidad en los ojos. Ruborizada, se apartó apresuradamente de su marido y se arregló el delantal. La risita de Jeff llamó la atención de Brandon que entonces comprendió la repentina reserva de su mujer.

- No me hagas caso, Tory - dijo Jeff -. No he visto nada. Se dirigió a la puerta principal y una vez allí se volvió y dirigió una sonrisa a la pareja.

- No había visto hacer esto antes a mi hermano.

Brandon, riendo ante las palabras de su hermano, volvió a rodear con el brazo el hombro de Heather y la llevó así mientras se dirigía a la casa. Cuando entraron en el vestíbulo, encontraron a Jeff en la panel superior de las escaleras y se sonrieron porque comprendían su anhelo.

- Señora, creo que ha llegado el momento de que volvamos a casa - dijo Brandon pensativamente -. Beau puede estar preguntando dónde se han metido sus padres. Y creo que Jeff quiere irse a la cama... si Raelynn está de acuerdo, claro. Y a mí tampoco me iría mal la cama, en cuanto lleguemos a casa.

Heather estuvo de acuerdo con su marido, porque sabía que no había dormido aquella noche. Apartó un rizo de la frente y observó que tenía el semblante encendido.

- Debes de estar agotado, pero tendrás que dormir en una de las habitaciones de la planta baja para poder aguantar este calor.

- ¿Quién ha hablado de dormir? - preguntó con una mirada llena de intención.

Los labios de Heather se curvaron en una sonrisa, mientras sus ojos color zafiro brillaban llenos de amor.

- Perdona, querido, pensaba que estabas cansado y no te encontrabas muy bien. Hasta parece que tienes fiebre.

- Fiebre por ti, señora. - Brandon se inclinó y le dio otro beso en los labios -. Y deberías de saber ya, que nunca estoy demasiado cansado para lo que tenemos que hacer juntos.

Cuando llegó al rellano superior, Jeff se dirigió por el corredor a su derecha hasta la puerta de su dormitorio. Se detuvo a escuchar, pero no llegaba el sonido de ningún movimiento procedente del interior. En silencio hizo girar el pomo, empujó la puerta lentamente hacia adentro, sin estar seguro de que Raelynn estuviera allí. Lo que encontró lo llenó de deleite. Su joven esposa yacía apaciblemente en un extremo del lecho con los largos cabellos castaños sueltos y ondulantes sobre las almohadas. Sintió que el corazón le latía con renovada alegría y sintió un sin número de emociones inexplicables.

Aquellos sentimientos eran muy diferentes ahora que tenía una esposa en casa y recordó las noches en las que se iba a la cama con un libro, con la esperanza de que desapareciera aquella sensación endemoniada y patética de soledad que le embargaba. La reciente felicidad era la mezcla más agradable que nunca hubiera imaginado. Mrs. Brewster tenía razón, decidió, cuando recordó cómo lo había animado el día anterior a que se casara. Nada era tan agotador como volver a un hogar vacío y a una cama no compartida. Ahora todo aquello había quedado atrás. Ahora tenía una mujer hermosa esperándolo.

Jeff se inclinó e iba a despertar a su joven esposa cuando la visión de las manos llenas de pólvora le hizo echarse atrás. Estaba sucio, sudado, acalorado. Y ella limpia, fresca y despedía un aroma a jazmín. No iba a introducirse en su sueño con el olor acre a pólvora negra que todavía le impregnaba la nariz. Su primer momento de unión dichosa tenía que ser perfecto en todo el sentido de la palabra.

Se quitó los pantalones y la camisa que dejó colgando en la puerta del armario, cruzó silenciosamente la habitación y entró en el vestidor. Los criados le llevaron agua para el baño y cuando salieron, se introdujo en la bañera con un suspiro de bienestar. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el borde, cerró los ojos sintiendo que el cálido líquido le relajaba los músculos tensos. Luego pensó que era una locura sentirse demasiado cómodo, estaba demasiado agotado y podía quedarse dormido.

Salió del baño, se envolvió en una toalla seca y volvió a la cama donde se echó al lado de su esposa dormida. La falta de sueño le pesaba tanto en el cuerpo como en la mente. El momento de intimidad iba a ser el mejor, pero antes tendría que descansar al menos un rato para recuperar energías.

Gustav se despertó con la sensación de que alguien estaba entrando en su sueño. Abrió los ojos y como un hombre enloquecido por el temor, buscó por el almacén, incapaz de sacudirse los efectos persistentes del láudano. Haciendo un esfuerzo centró la vista en una figura masculina en la penumbra que se mantenía a una discreta distancia del lecho y cuando el

pánico se disipó por fin, le dominó una gran sensación de alivio al ver que aquel hombre no era el sheriff, sino Olney Hyde.

- ¿Dónde te habías metido? - gruñó con aspereza, Olney le dirigió una sonrisita de complicidad.

- Pensé que te alegraría recibir la visita de un viejo amigo.

- ¡Ah! - Gustav agitó la mano sana con disgusto -. Si no fuera por ti, ahora estaría entero. Y no tendría detrás de mí al sheriff, vigilando todos los movimientos de mis hombres. Nunca debería de haberte enseñado el pasaje secreto. De otro modo ahora tendría el placer de saber que el sheriff te había encerrado.

Olney se puso una mano en el pecho, como participando del desagrado del otro. Y yo he estado vertiendo lágrimas por Charleston, aparte de intentar encontrar un juguete adecuado para traértelo -. Con una amplia sonrisa, dio un tirón a la cuerda que sostenía y empujó hacia la luz la masa voluminosa de Cooper Frye, con un trapo metido en la boca y otro, atado en la parte inferior de la cara.

- Lo encontré escondido en un gallinero en la zona de los muelles - explicó Olney -. Planeaba embarcarse para Nueva York antes de que acabara la semana. Hasta le había pagado a una prostituta para que le hiciera todas las gestiones para que no lo vieran ninguno de los nuestros.

Gustav se apoyó en la almohada y sonrió con maliciosa satisfacción al inglés.

- Ha sido una locura por tu parte estafarme, amigo mío. Ningún hombre se burla de Gustav Fridrich y vive para contarlo. No es por el dinero, comprenderás. Lo que yo siento es haber perdido a tu sobrina. La habría convertido en mein frau, pero ahora pertenece a Herr Birmingham y no la dejará a menos que lo mate. Pero si lo hago, esa muchacha nunca me lo perdonaría.

Cooper Frye movió la cabeza frenéticamente e hizo un gesto cómico con la boca. Luego juntó las manos en un gesto de plegaria.

- ¿Qué es esto? - preguntó Gustav en tono burlón, divertido con la pantomima que estaba representando aquel hombre -. ¿No te gustaría decir algo antes de que te entregue a Olney para que eche al mar tu esqueleto?

Cooper asintió rápidamente y con gesto afectado Gustav alargó la mano y le ordenó a Olney que le sacara la mordaza.

- Y ahora, ¿qué es eso tan importante que tienes que decir? - preguntó el alemán con arrogancia -. Te lo advierto, sea lo que sea, será mejor que no me hagas perder el tiempo-

Pero Cooper Frye estaba más que deseoso de cooperar.

- Conozco una manera de conseguir que mi sobrina odie al yankee. Gustav alzó una ceja mientras contemplaba al inglés con los ojos entrecerrados.

- No me gustaría hacer nada que obligara a intervenir otra vez al sheriff. Mis negocios son de una naturaleza muy delicada y no quisiera que ese bruto los desbaratara.

Cooper Frye rió y movió la cabeza en sentido negativo.

- Mi idea nada tiene que ver con el sheriff ni con nadie más. Verá, he conocido a una muchacha... no tendrá más de quince años, pequeña y bonita, con unos brillantes cabellos dorados...

- ¡Ve al grano! - le interrumpió impaciente Gustav.

- Bueno, esta Nell cose para las damas, y las prostitutas me dijeron que también es una entretenida. Hará unos nueve meses trabajaba en Oakley, bordando iniciales en las sábanas, tal como su pobre madre muerta le había enseñado. Cuando estaba allí, una noche se metió en la cama de Birmingham cuando estaba durmiendo, pero cuando se despertó la echó de la cama diciéndole que era demasiado joven para hacer esas cosas. Luego le dijo que empaquetara sus cosas porque no podía permitir que siguiera allí y despertó al conductor del carruaje y le ordenó que la condujera a Charleston. Le dijo a ese hombre que se asegurara que tenia habitación en la posada para varias noches y le dio dinero para pasar unos días. Y después le dijo que no quería verla más por Oakley.

Gustav se rió de las explicaciones de Cooper.

- ¿Y dices que esto hará que tu sobrina odie a Herr Birmingham?

Perdona, inglés, pero no me fío mucho de tu lógica, Raelynn admirará aún más a su marido.

Cooper, lanzó una risita misteriosa, levantó las manos y se rascó con sus dedos gruesos la barba de varios días.

- No si se le hace creer que el niño que espera es de su marido. El interés de Gustav creció considerablemente al oír esto.

- ¿Crees que Raelynn creería tal cosa?

Cooper extendió las muñecas hacia Olney con una sonrisita esperanzada

- Libérame y me ocuparé de todo.

Olney miró al alemán y vio su gesto de asentimiento, y cortó con el cuchillo las cuerdas que rodeaban las muñecas del inglés.

- Espera a que vaya a contárselo, amigo mío - urgió Cooper a Gustav -. Cuando estaba en la posada un marinero irlandés de cabellos oscuros se la llevó a la cama y le hizo un niño antes de zarpar a la mañana siguiente. Debió de suceder la misma noche en que el señor Birmingham la echó de su casa, es decir, hace unos nueve meses.

Gustav arqueó una ceja mientras consideraba los méritos de la idea.

- ¿Y quién convencerá a esa Nell para que le diga a Herr Birmingham que es el padre de su bebé?

Cooper Frye alzó los robustos hombros.

- Puede que unos vestidos bonitos y quinientos dólares yankees, la ayuden para cuando nazca el niño.

Gustav se quedó mirando al otro con una expresión helada.

- ¿Y qué tengo que hacer por ti, Cooper Frye, más que permitirte seguir con vida?

El inglés sabía que tenía que ser cauteloso.

- Sólo deseo servirte.

Gustav sonrió con una sonrisa tolerante.

- Está bien, Cooper, porque sólo obtendrás esto... o pruebas que me eres leal... o te mato.

El ruido de un trueno pareció sacudir la casa de la plantación casi hasta los cimientos, hizo vibrar las ventanas, llenó de temor a los criados y sacó a los perros fuera del porche en busca de un lugar mejor para protegerse. Arriba, en el dormitorio del amo, la nueva señora de Oakley se despertó con una sensación de sobresalto, porque la habían arrancado de las profundidades del sueño. No fue capaz de reconocer la habitación y miró a su alrededor con expresión confundida. La cama donde había dormido no le era familiar y junto a ella alguien había dormido también, como lo demostraban las sábanas desordenadas y la colcha que alguien había dejado a un lado. De la puerta del armario colgaban unos pantalones y una camisa, pero no vio a quien debía de llevarlos.

Un rayo iluminó brevemente la habitación y un poderoso sonido hizo vibrar las ventanas, cortando el silencio con un crescendo de redoblados estruendos que la hicieron sobresaltarse con cada trueno. Cuando parecía que la tormenta se alejaba, empezaron a sonar unas campanillas. Encantada con aquella música, Raelynn se incorporó y observó los muebles de la habitación hasta que sus ojos se detuvieron en un reloj de porcelana que había en la repisa de mármol de la chimenea, en un extremo del dormitorio,

- ¡Las cuatro!

Raelynn suspiró con desmayo, pensó que había dormido casi todo el día, que no se había ocupado de lo que más le preocupaba, el bienestar de su marido. Aunque presumió que era él quien había dormido a su lado, al menos durante un rato, estaba impaciente por verlo.

Un golpe de viento entró en la habitación por las ventanas abiertas, agitó las cortinas de seda y enfrió el aire. La habitación se llenó de un delicado aroma de flores, mezclado con el olor de la lluvia e hizo que Raelynn se levantara de la cama. Se quedó de pie junto a la ventana y contempló el paisaje agitado por el viento. A lo lejos vio como la lluvia empapaba los campos y con la fuerza con la que se dirigía hacia ellos, sólo sería cuestión de unos momentos que la tormenta alcanzara la Plantación Oakley.

La tormenta llegó y pasó con la misma rapidez, dejando tris ella un frescor dulce y agradable. Raelynn sintió el alivio y después de arreglarse minuciosamente, bajó las escaleras para ir al encuentro de Jeff.

El mayordomo atravesó presuroso el vestíbulo cuando ella llegó al primer rellano. Parecía tener mucha prisa por desaparecer, pero tuvo que detenerse cuando ella le hizo una pregunta.

- Kingston, ¿puedes decirme dónde está el señor Birmingham? El criado, con expresión avergonzada, levantó una mano y señaló hacia la parte delantera de la casa.

- El amo Jeff está en el porche, ama Raelynn. Tiene visita, pero espero que entre enseguida cuando le diga que lo espera en la sala –sonrió esperanzado Kingston -. Les traeré unos refrescos...

Del porche llegó un grito desagradable que perturbó la paz del vestíbulo.

- ¡No tienes derecho a casarte con otra después de haberme hecho esto! - gritó una mujer con voz chillona -. He venido a decirte que vas a tener un hijo y tú no quieres saber nada de mí. ¿Qué dirán tus presumidos amigos cuando se enteren de que voy a dar a luz a tu bastardo?

Kingston, turbado, intentó distraer la atención de Raelynn de aquellas acusaciones que se estaban haciendo en el porche

- La tormenta ha sido fuerte, ¿verdad ama Raelynn? Fue como si no hubiera dicho nada, porque ambos estaban muy atentos a las amenazas que procedían del porche.

- Quizá deba hablar con tu nueva esposa y decirle lo que le espera cuando te dé la espalda.

- ¡Lo que dices no tiene sentido, Nell, y tú lo sabes! - protestó Jeff.

- ¿Qué no tiene sentido? - preguntó con tono sarcástico -. ¿No tiene sentido que me lleves a tu cama y hagas el amor conmigo?

- ¡Mentirosa! Te metiste en mi cama como una serpiente mientras estaba dormido - la acusó él- - ¡Y eso es todo lo que sé! ¡Me desperté antes de que sucediera nada entre nosotros!

- Pronto tendré la prueba entre mis brazos para que todo el mundo vea que tuviste que ver conmigo - murmuró Nell -. Y si el bebé se parece a su padre, entonces todos sabrán quién es el padre de la pobre criatura.

Jeff no sabía por qué la muchacha había esperado tanto tiempo en presentarse con tales exigencias. Quizá se debía a que el nacimiento estaba ya muy próximo y le preocupaba cómo iba a salir adelante.

- Si es dinero lo que necesitas, Nell, no me sacarás ni un céntimo. No me asustan tus amenazas ni tus mentiras. Si estás tan necesitada, ve a hablar con el padre del bebé. Quizá se apiade de ti y haga lo que tiene que hacer.

- ¡Estoy hablando con él! - insistió Nell -. ¡Y tú no escuchas mis ruegos!

La puerta principal de la casa se abrió lentamente y Jeff se volvió en redondo sorprendido cuando vio que su esposa salía al porche. En toda su vida no se había sentido más miserable que en esos momentos. Estaba seguro de que parecía tan culpable como Nell quería que pareciera.

Raelynn lo miró turbada y confundida

- He oído lo que se está diciendo aquí.

- ¡Ah! - exclamó Nell mientras contemplaba con una mirada fría y desdeñosa cómo Raelynn cruzaba el porche -. Es tu nueva mujer, ¿verdad?

Resentido por su indiferencia, Jeff se apresuró a corregirla.

- ¡Es mi esposa!

- ¡Mía! ¡Mía! ¡Mía! Estás muy susceptible, Jeffrey. Pero no hace mucho que me llamabas a mí tu mujer.

- ¡Eres una niña! ¿Cuántos años tienes? ¿Catorce, quince? - exclamó él -. Preferiría estar un día en el infierno antes de molestar a una niña apenas salida del cascarón.

- Bueno, tu mujer no es mucho mayor - exclamó Nell con celoso rencor. Sus ojos se deslizaron por el hermoso vestido verde claro que llevaba Raelynn. No podía negar que la sobrina de Cooper Frye era hermosa, pero tenía ricos vestidos y un montón de criados para servirla, y ella en cambio estaba allí suplicando al único hombre que le importaba. ¿Cómo no podía entender que deseaba desesperadamente que fuera suyo?

- Mira, la noche en que plantaste tu semilla en mi vientre, me prometiste uno o dos vestidos tan hermosos como ese - dijo con un hiriente tono de voz -. Oh, Jeffrey, ¿no ves cuánto me importas a pesar de la manera en que has abusado de mí?

La mirada de Jeff era tan sombría como las nubes de tormenta que acababan de pasar. Dio la espalda a Nell con disgusto, miró a Raelynn y observó que ella lo contemplaba con el ceño fruncido. La joven estaba disgustada, pero no pudo encontrar las palabras necesarias para ahuyentar sus sospechas y convencerla de su inocencia.

No sabía lo que pretendía aquella muchacha, si era un trabajo, podía enviarla a Farrell para que la empleara como modista, porque tenía mucho talento con la aguja, pero al parecer deseaba más de lo que el estaba dispuesto o era capaz de darle.

Besó las temblorosas manos de su mujer.

- Te ruego que me creas, mi amor- le murmuró al oído -. Soy inocente de las acusaciones de esta muchacha.

Jeff dio la vuelta y se enfrentó a la muchacha embarazada.

- ¿Qué demonios quieres, Nell? ¿Qué esperas de mí? ¿Crees honestamente que me vas a arrastrar como a un perro y que me someteré al enredo que has tramado en tu mente? ¿Crees que me comporté mal cuando te rechacé y te envié fuera de aquí, y ahora vienes a vengarte con tus inventos? Tú y yo sabemos perfectamente lo que sucedió aquella noche y no fue nada de lo que pueda arrepentirme. Si eres tan lista como pensé que eras, te darás cuenta de la futilidad de tus mentiras. No vas a obtener nada.

- Lo que quiero es un padre para mi hijo - insistió Nell- y un marido. Y tú estás en deuda conmigo.

- Todo esto va más allá de mi capacidad... y de mis deseos –replicó él abruptamente -. Estoy casado...

- Puedes anular el matrimonio.

- ¡Noooo! - gritó Jeff.

Nell dio un respingo y se echó hacia atrás ante la fuerza de aquella negativa. No se había imaginado que el caballeroso señor Birminghan pudiera reaccionar con tanta fuerza hacía alguien de su clase. Su vehemencia la hizo detenerse un momento. Cooper Frye le había prometido quinientos dólares si provocaba la ruptura del matrimonio y con el bebé que iba a llegar muy pronto, necesitaba fuera como fuera aquel dinero. Además, no sólo era una necesidad monetaria lo que la había impulsado a hacerlo, sino el sueño que siempre había tenido, convertirse en la esposa de Jeffrey Birmingham. El irlandés había insistido tanto que había soñado que Jeff se enamoraría de ella. Pero Jeff era quien la había rechazado con frialdad y la había echado de su cama como si fuera una niña y ahora tenía serias dudas de que pudiera cambiar de opinión.

- Ya veo que te niegas a cumplir con tu deber - se quejó, reuniendo valor -. Te dejaré que coseches lo que mereces. - Con un movimiento de la mano señaló el sirviente con librea que la había acompañado hasta allí -. Esperaba que te apiadaras de mí por lo que me habías hecho, y si no lo haces, por lo menos para al conductor para que me lleve de aquí.

- Se miró el vientre y lanzó un suspiro -. Ya veo que no eres un hombre generoso y menos cuando tu esposa está escuchando todo lo que decimos. No se qué dominio tiene sobre ti, pero observo que te ha comido la cabeza. No diré nada más. Buenas noches, Jeffrey.

Se puso una mano en el abultado vientre, bajó con cuidado los escalones y se acercó al carruaje. El conductor la ayudó a subir, cerró la puerta tras ella y entonces, tocándose el sombrero saludó a la pareja del porche, saltó a su asiento, cogió las riendas y ordenó al caballo que se moviera.

Jeff se volvió lentamente hacia su mujer y fue a dirigirse hacia el vestíbulo cuando observó que ella se dirigía hacia un extremo. Apoyó la espalda contra una columna dórica y su mirada se perdió en la distancia, para contemplar la belleza del escenario húmedo de lluvia y los altos y majestuosos robles, con sus limpias ramas. Estaba tan confusa, que sólo sabía una cosa: no podía entregarse a aquel hombre sí antes no se convencía de su inocencia.

- Necesitaré algún tiempo para comprobar el efecto que estas acusaciones ha producido en nosotros, Jeff - dijo con tristeza -. Espero que comprendas mis reservas. En vista de lo que acabo de oír, tardaremos en arreglarlo. No puedo unirme a ti ciegamente mientras las preguntas sobre Nell... y su bebé me atormentan.

- Esperaba que esta noche nos uniéramos los dos como un hombre y una mujer - murmuró Jeff, acercándose a ella. La fragancia de sus cabellos le atravesó los sentidos. Cuánto deseaba besarla, abrazarla, hacerle el amor...

- Si no te importa, esta noche prefiero cenar sola - le dijo con un hilo de voz.

- Si insistes, Raelynn. Ordenaré que te sirvan una bandeja... –dijo él con el corazón encogido.

La joven sintió las lágrimas en la garganta y estuvo a punto de echarse a llorar. Al cabo de un rato consiguió hablar.

- Envíame a la camarera. No se si podría soportar tus besos. Necesito estar sola para pensar en todo esto.

- ¿Que puedo decir para convencerte de mi inocencia? –preguntó Jeff con un tono de angustia -. ¿Me vas a juzgar por las palabras de Nell, que cree que puede sacarme una fortuna con sus mentiras? Si tu confianza en mí es tan flaca, señora, entonces puedo asegurarte que esto pesará sobre nuestro matrimonio. Tendrás que aprender a confiar en mí, porque si siempre escuchas lo que otros te cuentan con un propósito y un interés malicioso, entonces nos apartaremos el uno del otro y siempre recelarás de mí. Estoy seguro de que habrá quien lo intente, quizá porque quieran atraerte o tengan celos de mí, y yo deberé creer en tu integridad, así como tú en la mía - lanzó un suspiro y extendió los brazos con gesto resignado -. Pero como somos unos extraños que acabamos de conocernos, te dejaré el tiempo que sea necesario para que me conozcas. Estoy deseando obtener tu favor. Lo único que te pido es que me dejes cortejarte como mereces. Esta noche puedes cenar sola, pero en el futuro insistiré para tenerte conmigo en la mesa y, cuando estemos en público, pondrás tu mano en mi brazo porque no podría soportar la agonía que los demás sepan que somos unos extraños.

- Es muy pequeño el favor que me pides - murmuró Raelynn -. Y no encuentro ninguna dificultad. Esto es lo que acordamos al principio, si recuerdas.

- ¿Cómo podría olvidarlo? - murmuró Jeff suavemente. Pensó que lo mejor sería dejarla con sus pensamientos, se alejó y bajó los escalones de la fachada principal, dio la vuelta y se dirigió hacia los establos en la parte trasera de la mansión, sintiendo una necesidad desesperada de hacer alguna actividad que lo dejara exhausto y alejar así toda la frustración que sentía. Sería la única manera de poder enfrentarse al hecho de tener que ir a dormir solo.

Cabalgar era habitualmente el deporte que Jeff prefería y que dominaba, aunque aquella tarde no había tenido prisa en espolear a su caballo. Ahora comprendía lo que había sufrido Brandon cuando en una ocasión se había mantenido alejado del lecho de Heather. Había muchos hombres que lo toleraban con buen humor, pero después de haber saboreado la suavidad de Raelynn, le resultaba imposible imaginar cómo iba a apartarla de su mente cuando se fuera a la cama. En lugar de ser el descanso que necesitaba, el lecho se convertiría en un lugar de tormento en el que la visión de su Joven esposa más o menos desnuda lo martirizarían sin piedad. Y sabiendo que ella estaría a sólo unas puertas de distancia, se sentiría como un hombre atrapado en las profundidades del infierno. La bandeja con la cena que una camarera le subió a la habitación quedó intacta mientras permanecía en el porche contemplando las hojas de los robles que se extendían formando una hilera al fondo. Estaba llena de miedo y preocupación, había visto salir a Jeff de los establos montado en un caballo negro y aunque ella había preguntado a los criados sobre el animal, ninguno le había hablado de su temperamento. Pero estaba más preocupada de lo que en realidad quería reconocer. Jeff no salió montado en un animal dócil y no dejaba de lamentarse de que si algo le sucedía ella sería la culpable.

Los criados habían encendido las linternas en las barracas detrás de los robles y un montón de niños, reacios a abandonar sus juegos, seguían persiguiéndose en la penumbra. Sus risas excitadas llegaban hasta ella, pero cuando la última luz desapareció del cielo, desaparecieron a regañadientes en el interior de sus casas. Raelynn sabía que Cora estaba todavía en la casa principal, así como Kingston y algunos criados más, porque esperaban la vuelta del amo. Sólo Kingston se había atrevido a murmurar un comentario sobre la visita de Nell y sólo fue para decir que la muchacha se había marchado con tanta rapidez como hacía nueve meses, cuando el amo la había echado de allí en medio de la noche.

Con un suspiro desmayado, Raelynn apoyó la cabeza contra uno de los postes que aguantaban la balaustrada del porche y el tejado saliente. Sabía demasiado bien que no había permitido a Jeff que explicara lo que aquella noche había sucedido con Nell. Se había apresurado en exceso a apartarlo de su lado y ella había pensado demasiado en lo que había oído. Hasta un condenado tenía derecho a responder a las acusaciones, pero ella no había querido escuchar sus argumentos por temor a encontrar alguna flaqueza en su carácter que disipara todas sus ilusiones y él no fuera la clase de hombre que pensaba que era. La primera impresión que tuvo de él, fue la de un caballero galante y heroico, y Nell había conseguido que pensara que no era mejor que Gustav, presa de sus más bajos instintos y sin importarle el dolor que podía producir en los demás.

El ruido de unos cascos de caballo le hizo salir de sus pensamientos y sintió un gran alivio cuando vio a Jeff encima del caballo negro. Caballo y Jinete pasaron a través de un haz de luz procedente de la casa y los vio acercarse al establo. Jeff desmontó mientras un criado corría a reunirse con él y cogía las riendas del animal. Sus voces llegaron hasta ella.

- Quédate un buen rato refrescándolo, Sparky - gritó Jeff cuando salía del establo -. Ha tenido un paseo muy duro.

- No se preocupe, amo Jeff. Tendré cuidado. Es un alivio que haya vuelto sano y salvo, y de una pieza. Jeff rió y se alejó agradeciendo el comentario del criado.

- Por una vez Brutus no ha intentado tirarme. Hoy ha volado y ha saltado todo lo que ha querido.

- Si he de decirle la verdad, amo Jeff, todavía no confío en él. Está esperando tirarlo para que se rompa el cuello.

- Tendré cuidado, Sparky,

Raelynn se ocultó en las sombras mientras Jeff subía las escaleras por el extremo del porche. Atravesó la terraza y abrió las puertas acristaladas de su dormitorio y entró, inconsciente de los ojos verdeazules que lo estaban mirando. Le oyó salir al pasillo y ordenar que le prepararan un baño. Cuando su voz sonó por toda la casa, fue como si los criados recuperaran la vida. Otra vez sus risas y parloteos amistosos empezaron a resonar por los corredores.

Raelynn sonrió, sintiendo que su alma también se alegraba. No podía dejar de preocuparse por ese hombre que era capaz de devolverle la vida a la casa sólo con su presencia. De la profunda ansiedad que había producido recientemente en los negros, podía deducir que su marido era querido entre aquellos que lo servían. Si de verdad era un hombre sin compasión, como Nell había dado a entender, entonces los criados no se hubieran preocupado de si volvía o no.

Un grito repentino atravesó el silencio y con un sobresalto Raelyn descubrió a una mujer negra, a Cora, que corría hacia las barracas de los criados. Entre las ramas de uno de los robles que estaban entre la casa principal y las de los criados, observó un brillo que iba en aumento. Horrorizada, Raelynn vio como las llamas ascendían desde el tejado de una de las barracas más grandes.

- ¡Mi bebé! ¡Mi bebé está allí! - gritaba histéricamente Cora mientras corría bajo las ramas más bajas -. ¡Que alguien la salve!

- ¡Fuego! ¡Fuego en las barracas! - Una profunda voz masculina gritó desde la mansión.

Alguien golpeaba un triángulo de acero que colgaba en el exterior de la cocina y al cabo de un instante Raelynn vio a Kingston que salía corriendo. Jeff abrió las puertas acristaladas de su dormitorio y salió apresuradamente a la terraza, vestido todavía con la ropa que había llevado para montar. Raelynn lo miró atónita mientras él cruzaba el porche en dos zancadas. Se apoyó en la balaustrada y de un salto, como hacen los gatos, estuvo en el suelo. Luego echó a correr hacia las cabañas, antes de que Raelynn recuperara el aliento. Pero la joven no se detuvo, se recogió la falda hasta las rodillas y atravesó corriendo el porche hasta las escaleras siguiendo a su marido.

Las llamas se elevaban por la pared de la cabaña próxima a la puerta principal que colgaba entreabierta después de un intento fallido de rescatar a la criatura. Cora intentaba repetidamente aproximarse a la entrada, pero el calor la hacía retirarse una y otra vez. Desde el interior, la criatura gritaba aterrorizada, incapaz de encontrar una vía de escape. Los gritos atormentaban a Cora, que sollozando y llena de pánico, corrió con un cubo a recoger agua de la lluvia y lanzó el contenido sobre el fuego. Poco hizo el agua, porque las llamas se hacían cada vez mayores y ahora estaban a punto de alcanzar el borde del porche.

- ¡Oh, Dios mío, salva a mi niñita! - gemía Cora -. ¡Por favor, que alguien salve a mi Clara!

Jeff saltó al porche y con la ayuda de Kingston le dio la vuelta a un tonel con agua de lluvia y el líquido formó una ola sobre las maderas. Las llamas lamieron el suelo y se extendieron por la puerta principal. Jeff entonces cogió un hacha de una pila de troncos que había allí cerca y partió el tonel en dos partes. Dio otro golpe y sacó el fondo, luego partió el otro extremo del mismo modo y sacó varios clavos de la traviesa de metal. La banda superior la transformó en una especie de asa, y se puso uno de los trozos del tonel ante él, como escudo contra el calor que emitían las llamas.

Raelyn se tapó la boca con mano temblorosa y lanzó un grito de temor cuando Jeff cargó contra la puerta principal de la cabaña. Con un nudo en la garganta, vio como Jeff buscaba a la niñita, se volvía y entraba en una habitación interior. Raelynn contuvo la respiración mientras en el otro lado de la cabaña todo se convertía en un infierno. Parte del tejado empezó a caer mientras salían volando las chispas del incendio sobre los que esperaban que Jeff reapareciera. Y así lo hizo, corriendo, sujetando con un brazo a la niña mientras que con el otro mantenía sujeto el escudo.

Salió corriendo por la puerta principal como si llevara alas en los pies, cruzó el porche y se puso a salvo. Raelynn lanzó un profundo suspiro de alivio y, durante unos instantes contempló con satisfacción cómo los negros le daban las gracias y golpes en la espalda. Los gritos de la niña demostraban que tenía miedo pero que milagrosamente no había sufrido ningún daño.

Jeff la depositó en brazos de su madre, que sollozaba agradecida.

- ¡Gracias, amo Jeffrey! ¡Gracias y gracias a Dios también! Jeff miró a su alrededor buscando al marido de Cora.

- ¿Dónde está Jeremy? Creí que estaba cuidando a Clara mientras tú acababas de trabajar en la casa grande.

- Mi hermano se fue, amo Jeffrey - dijo una niñita de catorce años adelantando un paso -. Me pidió que cuidara a Clara hasta que volviera. Yo estaba friendo pescado para cenar en el

hornillo de la cocina, pero la sartén resbaló y cayó al suelo. La grasa se extendió por la habitación y se prendió fuego. Era como una pared entre Clara y yo. Pude saltar por la ventana para ponerme a salvo. Cuando di la vuelta hasta la puerta, el calor era tan fuerte que no pude entrar. Siento mucho haber quemado la cabaña de Clara, amo Jeffrey.

- Fue un accidente, Ali. No tengas miedo - contestó Jeff, poniendo una mano en el hombro de la muchacha -. Tenemos que dar gracias de que no estés herida.

Cora abrazó a su hija, sin hacer caso de sus protestas.

- No quisiera tener otro disgusto como este en lo que me queda de vida.

Jeff contempló la cabaña que ahora estaba rodeada por las llamas.

- Necesitarás otro sitio para vivir.

- Ah, sí - dijo la mujer suspirando -. Pero ahora ya no me preocupa porque tengo a mi pequeña Clara viva entre mis brazos.

Raelyn se aproximó a los criados y cuando Jeff miró a su alrededor, le dirigió una sonrisa tierna y placentera a la vez. Él se acercó y la miró con expresión interrogadora.

- ¿Perdonarás, Jeff, que no te haya permitido que te explicaras y que haya puesto una barrera entre los dos? - preguntó con timidez. Y él comprendió sus reservas.

- Considerando todo lo que has oído que decía Nell, no puedo culparte por querer mantenerme alejado. Somos unos extraños, y aunque ahora estamos casados, tenemos mucho que aprender el uno del otro.

- Como has dicho muy bien, tenemos que aprender a confiar el uno en el otro - contestó ella suavemente.

- Lo que debemos hacer, madam, llegará a su tiempo, cuando nos conozcamos mejor.

- Creo que me divertirá conocerte, Jeffrey - murmuró con una sonrisa. Sus ojos se iluminaron con un brillo tan poderoso que podía confundirse con el fuego -. Cualquier hombre que arriesga su vida para salvar al hijo de un criado es un ser excepcional. La compasión que has demostrado hacia Cora ha hecho que ponga en duda las palabras de Nell y me he enamorado aún más de ti. Me gustará pasar el tiempo a tu lado, mientras nos hacemos amigos.

Jeff sintió cieno desasosiego, excepto cuando escuchó que ella le decía que lo amaba. Su corazón se desprendió de un gran peso y la sonrisa que dirigió a su esposa, mientras le ofrecía el brazo, expresaba una gran alegría.

Señora, ¿te puedo acompañar hasta la casa? Y si no has cenado todavía, me gustaría tener el honor de que lo hicieras conmigo...si lo consideras apropiado.

Raelynn deslizó un brazo a través del de su marido y sintió un escalofrío en la espalda cuando apoyó la palma de la mano.

Si me presionas mucho, cenaré en tu dormitorio, si es de tu agrado.

Me comportaré como un santo – le aseguró con una sonrisa -. Pero sólo si me permites que te bese, porque estoy desesperado por hacerlo.

Raelynn alzó una ceja y rió con los ojos brillantes y expresión maliciosa.

He percibido cierta malicia en tu ruego señor. Deberé evitar tus besos durante la afirmación de nuestra amistad y dosificarlos o me verá anhelando tu abrazo amoroso antes de que transcurra esta noche.

¿Tienes pensado dedicar mucho tiempo a explorar nuestra amistad?

Raelynn apoyó la cabeza en el hombro de su marido y sonrió con secreto placer mientras sentía que el brazo de él se deslizaba alrededor de su cintura.

No creo que vaya a necesitar mucho tiempo. ¿no te parece, Jeff?

Ninguno en absoluto, madame – contestó él con el corazón ligero -, ninguno en absoluto.